

«Milagros de nuestro Señor»

CONTENIDO

Prefacio	Pág.	2
El leproso limpiado		3
El siervo del Centurión		4
La suegra de Pedro		5
La tormenta en el lago		6
Los dos endemoniados		7
El paralítico		9
La hija de Jairo		10
El flujo de sangre		11
El ciego y sordo		12
La mano seca		13
Los cinco mil		14
Andando sobre el mar		15
La mujer sirofenicia		16
Los cuatro mil		17
El niño endemoniado		19
El dinero del tributo		20
Bartimeo, el ciego		21
La higuera maldecida		22
El demonio en la sinagoga		23
Efata		24
Hombres que andan como árboles		26
La pesca milagrosa		27
El hijo de la viuda de Naín		28
Dios o Beelzebú		29
La mujer encorvada		30
El hombre hidrópico		31
Los diez leprosos		33
La oreja de Malco		34
El agua convertida en vino		35
El hijo del oficial		36
El estanque de Betesda		37
Ciego de nacimiento		39
La resurrección de Lázaro		40

MILAGROS DE NUESTRO SEÑOR

Prefacio

Estamos viviendo en una edad escéptica. Los hombres dicen que no creen más en los milagros. Esto no se dice en el paganismo sino en la Cristiandad, donde la luz del evangelio ha brillado. No hay sino un sólo paso más a dar en esta incredulidad —el repudio de Él mismo. Este paso será tomado brevemente. El hombre se deificará a sí mismo en el hijo de perdición —el Anticristo de la Escritura (2ª Tes. 2:3-4). Cuando esto ocurra, ningún lugar se hallará para Dios y Su Hijo. Destacablemente, cuando este estado de cosas llegue, será cuando los hombres creen en los milagros una vez más, y las "*señales y prodigios de mentira*" aparecerán, éstas serán acreditadas y creídas. El infierno producirá sus maravillas como también el cielo lo ha hecho. Esto fue observado en días de Moisés, y nuevamente se verá en el día del Anticristo.

La infidelidad religiosa y de otra forma, puede criticar y censurar los milagros de nuestro Señor, pero milagros son obrados a pesar de ello. El hecho que al menos tres de los evangelios fueron publicados dentro de unos pocos años después de la ascensión del Señor, cuando las falsedades podrían fácilmente haber sido desaprobadas, es suficiente para establecer su credibilidad, aun sobre los principios más humanos. Pero cuando tomamos en cuenta el augusto hecho (que cada alma reverente cree) que el Espíritu de Dios es el autor de los evangelios, cada pregunta será acallada.

¿Pero por qué han sido los milagros realizados? El mismo Salvador nos dice "*Las obras que hago dan testimonio de Mí, de que el Padre me envió*" (Jn.5:36 y 10:25). Éstas han sido concedidas en gracia como ayuda a la fe en Su Persona y misión. De allí la reprensión a Felipe, "*Créeme por causa de las mismas obras*". Y también el lamento del Salvador en Jn.15:24: "*Si no hubiese hecho en medio de ellos las obras que ningún otro hombre hizo, no tendrían pecado, pero ahora me han visto y odiado a Mí y a mi Padre*". Porque los milagros eran ayudas para la fe, con una sola excepción, actos de misericordia —actos que debiesen haber apelado a las sensibilidades de todos los interesados como mostrando el corazón divino hacia el hombre.

Sería una locura menospreciar el valor de los milagros. Las ayudas a la fe no deben ser confundidas con el fundamento de fe. La fe fundamentada sobre los milagros es poco digna para el Salvador, cuando Él estuvo rodeado con tales personas, no se confió en ellas (Jn.2:23-25). La verdadera fe se fundamenta sobre la Palabra de Dios (Rom.10:17). Simón el mago, vino de este modo a hacerse un discípulo (Hech.8:13 y 13:12).

W. W. F.

EL LEPROSO LIMPIADO

Aquel que cree en un Dios Todopoderoso y Supremo no puede tener dificultades en acreditar los milagros, especialmente cuando estos son confirmados y relatados por la inspirada palabra de Dios. La objeción de que los milagros son inconsistentes o contradicen las leyes naturales es además la señal de la incredulidad, viendo que estos no tienen nada que hacer con las leyes naturales, son en lugar de eso interposiciones soberanas de Dios aparte de, y sobre éstas. No más grandes milagros pueden ser concebidos e imaginados que los importantes hechos sobre los cuales el Cristianismo descansa —la encarnación, la cruz, y la resurrección del Señor Jesús. Aquel que con fe se inclina ante estos necesariamente considerará todas las otras maravillas pequeñas en comparación con éstas. Aquel que se aleja y no cree en los hechos de la milagrosa encarnación de Cristo, etc., no tiene ningún derecho para demandar ser reconocido como cristiano.

Los milagros de nuestro Señor han sido no solamente obras de poder, tampoco simplemente expresiones de amor y simpatía hacia aquellos que se han beneficiado de estos; sino que también han tenido el propósito de enseñar verdades espirituales. La limpieza del leproso es registrada por todos los evangelistas excepto Juan. Mateo nos la presenta en el capítulo 8 de su evangelio. Guiado por el Espíritu Santo de Dios, Mateo no considera la secuencia histórica o cronológica en la presentación de este milagro, más bien lo pone después del sermón del monte, aunque éste se realizó algún tiempo antes de esto. Su objeto aparentemente fue poner en gran contraste la débil fe del judío con la gran fe del centurión Gentil en los versículos siguientes.

La lepra es figura y tipo del pecado. Quienes estaban bajo su terrible poder son inadecuados para estar en la morada terrenal de Dios, pecadores no limpiados del pecado de igual forma lo son para la morada celestial de Dios. El único médico para la lepra era Dios, Él mismo que en gracia podía satisfacer las necesidades de estos contaminados por el pecado. En respuesta al clamor del leproso nuestro Señor "*Extendiendo su mano lo tocó*". Contacto con el enfermo no lo manchó, sino que comunicó sanidad al sufriente. Hermoso cuadro de la gracia traída por Él desde arriba dentro de las circunstancias del hombre; tocando el pecado, para hablar así, en cada punto, aun así personalmente sin mancha desde principio a fin. El titubeante leproso dijo, "*Si quieres limpiarme*" fue respondido enseguida por el Salvador, "*Quiero, sé limpio*". A Su capacidad y disposición para sanar y bendecir no hay límite; los límites están en la temblorosa fe del corazón humano.

Al sanado se le mandó "*Muéstrate al sacerdote y ofrece el don que mandó Moisés, para testimonio a ellos*". Un sorprendente testimonio en verdad, viendo que éste era el primer leproso israelita en ser limpiado de la lepra (del cual nos habla al menos la Escritura) ya que las instrucciones de Levítico 13-14 habían

sido dadas alrededor de unos 1.500 años antes. La presencia de un leproso limpiado ante el altar con sus dos aves en sus manos daba testimonio de que Dios había venido a la tierra, y estaba satisfaciendo las necesidades de los hombres aparte de las ministraciones sacerdotales y las ordenanzas religiosas. Éste es un principio de gran importancia para nuestras almas hoy. Limpieza para el alma se encuentra, no en los hechos humanos en alguna forma, sino en la sangre del Salvador. Ésta cuando es divinamente aplicada, hace al más vil pecador más blanco que la nieve, un más grande milagro moral que la maravilla física obrada en el leproso Judío.

EL SIERVO DEL CENTURIÓN

Durante el ministerio de nuestro Señor en Israel sólo dos personas son especialmente encomendadas por Él a causa de su fe, y ambos han sido Gentiles —la mujer sirofenicia, y el centurión romano de Mt.8:5-13 y Lc.7:1-10. El formalismo religioso estaba estorbando el desarrollo de la fe entre el pueblo escogido que difícilmente se encontraba dentro de su círculo.

Era concerniente a un siervo por quien el centurión apelaba al Salvador, pero él era, por la misma razón, precioso a su vista. En contraste con muchos en Israel, el soldado romano discernió a Dios en la Persona del humilde carpintero que estaba atravesando la provincia, él enseguida le hizo su súplica, y recibió la respuesta, *"Iré y le sanaré"*, él enseguida suplicó al Señor que no se diese tal molestia, arguyendo que esto no era necesario, *"Señor, no soy digno de que tú entres en mi casa, sino que di solo la palabra, y mi siervo sanará"*. Esto produjo la encomendación del Señor —su confianza en la eficacia de Su palabra cuando Él estaba personalmente ausente. Tenemos aquí un principio que es vital para nosotros en este momento actual. Cristo no está aquí, habiendo ascendido al trono del Padre. Pero Su palabra está con nosotros en las Escrituras para que podamos escuchar en todo tiempo Su viva voz. Su palabra declara la eficacia de Su sacrificio (Heb.10:12); proclama el perdón y la justificación de todos los que creen en Su nombre (Hech.13:38-39), y da a los tales la dulce seguridad de que la vida eterna es suya ya, y de que nunca podrán venir a juicio (Jn.5:24). Sobre Su palabra nosotros descansamos; todo esto es nuestro, aunque Él mismo no está más aquí con nosotros visiblemente. Si Su palabra pudiese ser arrebatada de nuestras manos, nuestras tinieblas serían impenetrables.

Hay sorprendentes diferencias entre los dos relatos de este milagro, como se nos presenta por Mateo y Lucas. Éstas son debido, no ha algún error por parte de los escritores, sino a un propósito divino en la dirección del Espíritu Santo, quien indicó a cada uno las características que debían ser introducidas, y lo que debía omitirse. De este modo Mateo, por una parte, quien escribió teniendo especialmente en vista a Israel, agrega la solemne advertencia del Señor a la nación al decirles que muchos vendrían desde lejos, y serían bendecidos con

Abraham, Isaac y Jacob, mientras los hijos del reino estarían fuera. Tales palabras eran muy necesarias para un pueblo que estaba basando sus esperanzas en asociaciones y privilegios religiosos, y descuidando la fe personal.

Lucas, por otra parte, que era él mismo un Gentil, escribe a los Gentiles, y omite la advertencia a Israel, e introduce en lugar de ello, lo que es instructivo para los Gentiles, el hecho de que el centurión en el primer ejemplo va primeramente a los ancianos Judíos para que aboguen por él ante el Señor. Si la advertencia notada por Mateo debía humillar al orgulloso judío, la característica añadida por Lucas debía bastar para abatir la altivez Gentil. ¿No somos inclinados a olvidar eso, que debemos todo al Judío? Las Escrituras, el Salvador, los primeros predicadores del Cristianismo, todos han venido a nosotros del seno de Israel. Si esto se hubiese recordado, los hijos de Abraham no se lamentarían de siglos de opresión de manos "Cristianas".

El siervo fue sanado. Tal fe como la de su señor no podría ser rechazada. Tampoco puede serlo la fe en la Palabra del Señor ausente, ésta no fallará en recibir el más pleno reconocimiento de Dios.

LA SUEGRA DE PEDRO

Quienes reverencian las Escrituras y creen en su inspiración divina no tendrán dudas en creer que existe una razón espiritual para que Mateo desplace el relato de este incidente en la narración de su evangelio. Porque él lo registra después de los casos del leproso y del siervo del centurión, mientras la comparación con Marcos y Lucas hace cierto que esto ocurrió en algún tiempo anterior a ambos hechos.

El carácter dispensacional del evangelio de Mateo es la verdadera explicación de este aparente desorden. Los primeros siete versículos del capítulo 8 nos presentan un grupo de incidentes que son muy interesantes cuando son vistos a la luz de los designios dispensacionales de Dios. De este modo la sanidad del leproso por el toque de Jesús es un cuadro característico del tiempo de la presencia personal de nuestro Señor sobre la tierra. Él estuvo en íntimo contacto con Israel día tras día, preparado para conceder cada bendición sobre la nación, aun así, encontrándose con una débil respuesta en la forma de fe en ellos. La sanidad del siervo del centurión por medio de Su palabra hablada a distancia muestra lo que está ocurriendo en este momento actual. Él no está más personalmente entre nosotros, pero Su Palabra está con nosotros, y multitudes de Gentiles están encontrando bendición por medio de la fe en Su sorprendente mensaje. La restauración de la suegra de Pedro es un cuadro de antemano de lo que Él hará cuando Su actual obra entre las naciones haya concluido. Él nuevamente se volverá en bondad hacia Israel, de lo cual la suegra de Pedro era una representante figura. Ella estaba enferma en cama con una gran fiebre cuando el Señor la encontró, pero un sólo toque de Su mano bastó para su

completa restauración. De igual manera Él encontrará a su nación al límite de la ruina en el día cuando Sus pies se posen sobre el monte de los Olivos, pero Su presencia personal será tan eficaz para el pleno levantamiento de Israel como lo fue para el levantamiento de la suegra de Pedro. Ni los congresos Sionistas, ni el favor de los poderes Europeos tendrán éxito en poner fin a siglos de aflicción de Israel, ese bendito fin es completamente seguro, si creemos en las Escrituras, esto depende de la aparición del Hijo del hombre. Cuando el Redentor venga a Sion Él apartará de Jacob la impiedad, y entonces todo Israel será salvo (Rom.21:26)

La suegra de Pedro siendo tratada, el día termina con gran bendición. Multitudes de sufrientes de cada forma se reunieron a su alrededor, y encontraron sanidad y simpatía del Señor lleno de gracia. Así será también al final de la presente era. Cuando las doce tribus de Israel sean restauradas a su herencia, y una vez más gocen el favor divino, paz y bendición universal prevalecerán entonces. El mundo gime crecientemente bajo sus intolerables cargas, y muchos esquemas son ventilados de tiempo en tiempo para mitigarlos, pero todos los esfuerzos en esa dirección serán fútiles hasta que el verdadero y justo Rey de toda la tierra retorne. Su orden en ese día será el siguiente: Primero, Israel bendecido; después, todas las naciones por medio de esta nación. Mientras tanto, perdón, salvación están disponibles para los individuos, aunque numerosos, que pongan su confianza en la preciosa sangre del Salvador.

LA TORMENTA EN EL LAGO

Si los hombres fallaron en reconocer a su Creador cuando Él condescendió en morar aquí en carne, la creación reconoció Su presencia y poder. La tormenta descrita en Mt. 8:23-27 tomó lugar al final del día en el cual las siete parábolas de Mt.13 habían sido entregadas. Cansado con Su labor diaria, el Salvador dormía, una tocante prueba de la realidad de Su humanidad que Él había asumido. De pronto en el lago de Genesaret se presentó una tormenta que caía sobre la barca, para terror de los discípulos, quienes, aunque creyentes, débilmente realizaban Quien era Aquel que estaba viajando con ellos. Si hubiesen considerado que Él era el Creador del universo, no habrían experimentado tal alarma. ¿No era Él quien, edades antes, *"había encerrado el mar con puertas, y hecho de las nubes su vestido"* y qué dijo *"de aquí no pasarás, y aquí parará el orgullo de tus olas"*? (Job 38:8-11). ¿Podía entonces el mar tragarse a su propio Señor y Dios?

¡Ay del pobre corazón humano! Marcos, con su habitual observancia de los detalles, nos dice que los discípulos rudamente despertaron a su Señor, clamando, *"Señor, ¿no tienes cuidado que perecemos?"* Es penoso transcribir tales palabras, ¡Cuán cruelmente deben haber herido las tiernas susceptibilidades del Salvador! *"¿No tienes cuidado?"* Si Él no tuviese cuidado por los hijos de los

hombres, Él se habría quedado en Su propia gloria; el pesebre de Belén, la barca en Galilea, y la cruz del Calvario nunca habrían sido Su parte. Aun así, tan lleno de gracia es Él que ninguna palabra de censura escapó de Sus labios; Él solamente dijo, "*¿Por qué estáis amedrentados, hombres de poca fe?*". Bien se ha dicho, "*jamás hombre alguno habló como éste*" ¡Pero cuán penoso era para Él encontrar tal debilidad de fe entre los objetos especiales de Su favor después de Su experiencia de la espléndida fe del centurión Gentil!

Su voz bastó para acallar los elementos. "*Paz, estad quietos*". Mucho antes de la encarnación el Salmista escribió de Él, "*Tú tienes dominio sobre la braveza del mar; cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas*" (Sal. 89:9). Ni un sólo atributo de la Deidad Él puso a un lado al venir a ser hombre. Omnipotencia, Omnisciencia han brillado en Él dondequiera que la oportunidad hacía necesario su despliegue. Demonios, enfermedades, muerte, vientos, olas todas han huido ante Su Persona. El pensamiento humano, aunque ricamente enseñado por Dios, no puede desentrañar el misterio de la unión de la naturaleza divina y humana en Su Persona. La razón tiene insolubles dificultades aquí; la fe en lugar de esto encuentra abundante material para la adoración y la alabanza.

El milagro realizado llevó a los discípulos a Sus pies maravillados, no sin mezcla de temor, "*¿Quién es este hombre que aun los vientos y el mar le obedecen?*" La respuesta es simple y clara. Él era Dios manifestado en carne, en Su camino a la muerte para la eterna bendición de todos los que creen. Pero en Su humillación, como ahora en Su gloria, Él tenía poder para expulsar cada peligro que podía caer sobre Su pueblo. Tormentas de varias formas pueden caer sobre nosotros durante nuestro paso a través de este mundo, pero ninguna de ellas podrá destruirnos mientras Jesús viva. Nuestra parte es confiar en Él.

LOS DOS ENDEMONIADOS

La sujeción del hombre al poder de Satanás es el fruto de la caída, y es una terrible realidad que no debe ser menospreciada ni subestimada. En varias ocasiones el Salvador, cuando estuvo aquí, fue confrontado por personas que estaban poseídas por demonios. Esto, mientras es una aflicción especial en casos individuales, es un cuadro de la condición espiritual de cada hombre no regenerado.

El príncipe del poder del aire regula el actual curso de las cosas aquí, obrando en todos los hijos de desobediencia (Efes.2:2). Doblegándose ellos mismos a su autoridad, el hombre viene a ser su esclavo (Rom.6:16). Una de las más patentes pruebas de esta terrible condición de cosas es el espiritualismo moderno.

Mateo nos habla de dos endemoniados que salen al encuentro del Señor a orillas del lago de Galilea, después de que Él había pasado su tormentosa

travesía (Mt.8:28-34). Destacablemente, Marcos y Lucas nos hablan sólo de uno. Esto es probablemente a causa de que un caso era más desesperado que el otro, y el segundo y tercer evangelista fueron guiados a concentrar su atención sobre él: mientras Mateo quien siempre escribe a lectores Judíos, y quien conocía el peso de los dos testigos (Dt.17:6 y 19:15), fue cuidadoso en registrar el hecho de que los dos hombres fueron bendecidos, aunque omite una multitud de detalles.

A pesar de lo ciegos que puedan ser los hombres, a la gloria personal del Señor Jesús, los demonios siempre le reconocieron a Él como siendo el Señor, y temblaban ante Él. Sabiendo que Él era el Juez que, al comienzo de Su reino, los consignará a ellos al abismo (Apoc.20:1), ellos le imploraban que no los mandase a esa terrible región antes de tiempo. En respuesta a su súplica se les permitió entrar en un hato de cerdos, con el resultado de que dos mil de ellos se precipitaron violentamente en el mar y perecieron.

Todos los habitantes de la ciudad vinieron a las noticias de lo que había sucedido. Ellos encontraron al que una vez había estado poseído por los demonios en completa paz a los pies del Señor Jesús, y en su sano juicio. Toda su ferocidad, que había aterrorizado al vecindario, se había ido para siempre. Aun así, ninguna gratitud sino antipatía llenó las mentes del pueblo, y suplicaron al Salvador que se alejase de sus costas. Dos hombres habían sido libertados del poder de Satanás, pero al costo de dos mil cerdos. ¿Eran estas dos almas dignas de dos mil cerdos? En su deplorable ceguera, ellos juzgaron que no. Si éste era el resultado de la presencia del Hijo de Dios, ellos preferían a Satanás como su vecino. Tal conducta parecería increíble, si no viésemos a los hombres en el presente, sacrificando sus propias almas por bagatelas más livianas que el mismo aire. En el juicio de muchos, trabajo, bienes, placer, todo esto es preferido a cualquiera bendición que Cristo pueda conceder.

EL PARALÍTICO

Este milagro fue realizado en Capernaum, la ciudad adoptada por el Salvador como Su casa después que dejó Nazaret. Esto no se realizó después de Su retorno de Gadara; este incidente, aunque reservado para los primeros versículos de Mt.9, ocurrió inmediatamente después de la limpieza del leproso registrada en Mt.8:2-5.

Cada enfermedad física sanada por el Salvador tipifica en una u otra forma la enfermedad moral del pecado. De este modo la lepra prefigura al pecador en su inmundicia, la fiebre lo muestra en su inquietud, la parálisis es el expresivo tipo de la completa desesperanza, Rom. 5:6 viene a la mente aquí, *"Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los pecadores"* ¡Misericordiosa provisión para una raza paralítica!

Cuatro amigos trajeron al sufriente ante Jesús. En su ímpetu ellos rehusaron ser frustrados en su intento por las multitudes que se amontonaban a la puerta de la casa donde estaba el Señor, y subiendo al techo, bajaron al enfermo y lo pusieron a los pies del Señor. Sus primeras palabras al paralítico no fueron palabras de sanidad sino de perdón. *"Hijo, tus pecados te son perdonados"*, indudablemente el alma es más importante que el cuerpo. El perdón de los pecados es un más poderoso regalo que la más perfecta sanidad física. Las palabras de nuestro Señor provocaron la crítica por parte de algunos de Su audiencia: *"Este hombre blasfema"*. La Omnisciencia en Él leyó sus pensamientos, y los reprendió. Ellos habían dicho justamente, *"¿Quién puede perdonar pecados sino Dios?"* ¿Qué mortal alguna vez ha tenido tal autoridad concedida a él por Dios? Pero Aquel que los escribas juzgaban mal pronto dio muestra de que Él era Dios realmente al mandar al hombre que tomase su cama y se fuese a su casa. *"Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene sobre la tierra autoridad para perdonar pecados"* Cada estudiante de Dn.7 debe saber que el Hijo del hombre es idéntico al Anciano de Días (v. 9, 13 y 22). Si él es realmente el Hijo del hombre de la profecía, entonces Él es verdaderamente divino.

Sus observadores menos críticos se fueron a sus casas diciendo, *"Hemos visto extrañas cosas hoy"*. Si su visión espiritual hubiese sido aclarada habrían reconocido el Salmo 103:3, *"Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias"*, estaba siendo cumplido ante sus propios ojos, y cada lengua habría exclamado, *"Bendice al Señor alma mía, y no olvides ninguno de sus beneficios"*. Fue la incredulidad del hombre ante estas maravillas la que se repitió a menudo en la favorecida Capernaum, lo que lo obligó a decir más adelante, *"Tú, Capernaum, que eres exaltada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto, os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti"* (Mt.11:23-24). Privilegios invaluable arrastran el más severo juicio de parte de

Dios. ¿En qué medida este principio se aplica a nuestra favorecida tierra?

LA HIJA DE JAIRO

Durante las primeras edades del mundo, las edades que han precedido a la venida de Cristo, los tratos divinos eran especialmente con el pueblo de Israel. El resultado de todos los tratos de Dios con esa nación fue para manifestar la verdadera condición de nuestra raza. El corazón humano habiendo sido probado como siendo incorregiblemente malo en la más favorecida familia y nación de la tierra, esto quiere decir que éste es irremediablemente malo en todo lugar.

El caso de la hija de Jairo en Mt.9:18-26 ilustra estos principios. Marcos y Lucas nos dicen que ella estaba muriendo cuando su padre pidió al Señor por ella, y que él escuchó que ella había muerto por un mensajero que le había sido enviado; Mateo abrevia su reporte por comenzar con la muerte de ella. Su caso era uno sin esperanzas en lo que concernía al hombre, aunque su padre, como un gobernador en la sinagoga, era un autorizado exponente de la ley de Jehová. La niña muerta nos da un cuadro de la muerte de Israel —la muerte espiritual— a pesar de la posesión por edades de la ley. Ésta no había impartido vida a Israel; era imposible, por tanto, que ella pudiese impartir justicia. Si ésta no podía suplir la primera necesidad del hombre, no podía obviamente suplir su segunda necesidad, *"Porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia sería verdaderamente por la ley"* (Gál. 3:21). Aun así, en completa ceguera en cuanto a su verdadera condición, Israel incesantemente ha buscado la justicia por medio de las obras de la ley. Los Gentiles no han aprendido mejor la lección de la ruina humana que el pueblo escogido; de allí el penoso hecho que en este día del evangelio la mayoría de las personas en la Cristiandad están esforzándose por obtener la bendición sobre el principio de las obras en una forma u otra.

Jairo sentía profundamente la impotencia de todo el aparato eclesiástico y legal ante la muerte, y por tanto acudió al Hijo de Dios. Con Su usual ternura, el Salvador dijo al angustiado padre, *"No temas, sólo cree"*. Y tomando con él a Pedro, Jacobo y Juan entró en la cámara de la muerte y venció a la muerte por medio de Su vivificante palabra. A Él le bastó decir, *"niña, levántate"*, e inmediatamente su espíritu retornó del mundo invisible, y se reunió con su cuerpo. ¡Bendito anticipo de lo que Él cumplirá en una forma espiritual para Su nación cuando vuelva otra vez!

Mientras tanto, el principio está estampado indeleblemente sobre las páginas de las Escrituras, que el hombre está muerto ante los ojos de Dios. Es en vano predicar buenas obras y ordenanzas religiosas a los muertos. ¿Por qué nosotros los Gentiles trataríamos de alcanzar la bendición por el medio por el cual ha fallado claramente Israel? Ninguna ley de obras, sino solamente Cristo puede satisfacer las profundas necesidades del hombre. De allí Su propia declaración: *"De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito,*

para que todo aquel que en él crea tenga vida eterna" (Jn.3:16).

EL FLUJO DE SANGRE

La mujer que tocó lo vestidos del Señor ha sido siempre un objeto de especial interés a los devotos lectores de las Escrituras. Su penoso caso, y la simplicidad de la fe, nunca fallan en levantar nuestras simpatías espirituales. Su caso fue una interrupción en la misión del Señor para ir a resucitar a la hija de Jairo. Ella es de este modo un tipo de quienes hoy están buscando y recibiendo la bendición mientras las relaciones de nuestro Señor con Israel están suspendidas. El hecho que el caso de esta mujer haya sido introducido antes de la resurrección de la hija de Jairo sirve para mostrar claramente las partes que Dios y el hombre juegan en la bendición del alma. La niña, como cualquier pecador no regenerado, estaba muerta, y ¿Quién puede vivificar a los muertos sino Dios? La mujer ejerció su fe; esto es lo que Dios espera en todos los que han de recibir Sus favores. La parte de Dios es vivificar; la del hombre es creer.

Una vasta multitud se aglomeraba en las calles del pequeño puerto de Capernaum. Ellos estaban siguiendo a Jesús que iba a la casa de Jairo. Aquel que juzgaba por las apariencias habría concluido que toda la ciudad amaba al Hijo de Dios. Pero como fue en Capernaum, así es ahora en la Cristiandad — muchos le siguen por mera curiosidad, porque otros le siguen; pero individuos aquí y allá, como la mujer de nuestra historia, le buscan porque sus corazones saben que sólo Él puede suplir sus necesidades. La mujer ahora no tenía dinero. Durante doce años había vanamente buscado su sanidad en manos de los médicos judíos. ¿Por qué ella no acudió antes al gran Sanador de todo? Ella reflexiona, sólo que demasiado tristemente, y así es en nuestro día, con quienes en su búsqueda por salvación prueban todo y cada cosa antes que el Hijo de Dios. Sacramentos, beneficencias, y una multitud de otros remedios, en busca de aquello que sólo Dios puede dar. Cuando la mujer llegó a la conclusión de que su única esperanza era el Señor Jesús, ella se formó la resolución, "*Si sólo tocaré el borde de sus ropas, seré sana*" (Mr.5:28) ¡Maravillosa fe! Ella había adquirido tal confianza en Él que creía que sólo un toque de Sus vestidos bastaría para darle la sanidad esperada.

El Salvador estaba consciente de lo que estaba pasando, y para el asombro de Pedro y de los otros Él se volvió y preguntó, "*¿Quién me ha tocado?*" Como fue entonces, así es ahora, Él distingue cuidadosamente entre una multitud irreflexiva de religiosos que le siguen y las almas sinceras que le buscan a Él y Su bendición. Llamando a la mujer ante Él, y despertando su sincera confesión de lo que había sucedido, Él la despide con la confortante seguridad, "*Hija tu fe te ha salvado; ve en paz*" (Lc.8:48). Es bueno tener que tratar con Uno tan lleno de gracia como es Él. El alma humilde que busca la sanidad espiritual sólo tiene que confiar en Su preciosa sangre, y obtendrá perdón, salvación, y la paz vendrá

a ser la porción de su corazón para siempre. Creemos que a través de la gracia de nuestro Señor Jesús seremos salvos (Hech.15:11).

EL CIEGO Y EL SORDO

El caso de los dos ciegos y del endemoniado mudo registrado en Mt. 9:27-34 se encuentra solamente en el primer evangelio. Esto aparentemente ocurrió inmediatamente después de la resurrección de la hija de Jairo. Tomados juntos, estos nuevos incidentes nos dan un triste y completo cuadro del hombre en su condición natural. Hacia Dios el hombre es ciego. Sus ojos están bastante abiertos a lo que concierne a su propia vida, negocios, placeres, etc., pero a todo lo que es espiritual él es uno que no ve. Aunque la bondad de Dios, las perfecciones de Cristo, la eficacia de Su sangre, y las glorias del cielo le fuesen mostradas, no ve nada en éstas que atraigan sus ciegos ojos. Éstas son las materias menos interesantes que podrían ser puestas ante él. El hombre natural es también sordo como ciego. La lengua que está siempre dispuesta a hablar de las cosas temporales queda en completo silencio cuando Dios y Cristo son introducidos. Concerniente al más alto y mejor de los temas, él no tiene nada absolutamente que decir. Su lengua está atada.

Sólo hay Uno que puede abrir los ojos y dar libertad a las lenguas mudas. El evangelio es enviado a los hombres *"para abrir sus ojos, para que se vuelvan de las tinieblas a la luz, del poder de Satanás a Dios, para que puedan recibir perdón de pecados"* (Hech.26:18). Cuando el hombre ciego fue llevado a la presencia del Señor, Él les pregunto, *"¿Creéis que soy capaz de hacer esto?"* Ellos respondieron *"Sí, Señor"*. Al instante el toque de sanidad fue dado, y el inestimable don de la vista fue concedido. Los hombres espiritualmente ciegos y sordos son igualmente bienvenidos por el Señor. Un toque de su mano, buscado con fe, y todo viene a ser visto en una nueva luz, y el alma libertada se siente como uno introducido en un nuevo mundo. Desde entonces él clama con el extasiado apóstol, *"Vemos a Jesús"* (Heb.2:9). Sus ojos han sido embelesados con las glorias del Señor y Salvador; por la excelencia de Su conocimiento, él considera ahora todas las cosas como basura. Su lengua se jacta en el Señor; y está llena continuamente con Sus alabanzas; él testificó de Él ardientemente a todos. Éste es sin duda un milagro espiritual.

Estamos comentando sobre verdaderos casos de sanidad física. Al tratar con ellos nuestro Señor estaba cumpliendo lo que mucho tiempo antes había sido anunciado de Él en Isaías 35:5-6. Esta clase de milagro ha cesado por ahora, y reaparecerá cuando el reino Milenial sea establecido. Pero mientras tanto las maravillas espirituales están siendo cumplidas ante nuestros ojos cada día. La gracia del Señor está revolucionando las vidas de los hombres continuamente, los muertos son vivificados, los ciegos reciben la vista, los mudos hablan y cantan, ¿Quién sino Dios, por medio de Su evangelio puede realizar tales

maravillas?

LA MANO SECA

Era sábado; y, como era Su costumbre, nuestro Señor estaba en una sinagoga. Las sinagogas no eran lugares de adoración (había sólo un lugar para esto en Israel, el templo en Jerusalén), estos eran edificios en los cuales copias de las Escrituras eran guardadas bajo el cuidado de algún oficial, cuyo deber era permitir al pueblo que las leyesen, y exponerlas a otros. El Salvador encuentra a un hombre en la sinagoga con una mano seca. Todo Su corazón siente compasión hacia él. Él recientemente había sido criticado por los fariseos por permitir a Sus discípulos saciar su hambre y recoger granos en sábado; este afligido hombre debía venir a ser un nuevo fundamento de objeción y crítica para ellos. De acuerdo a Marcos y Lucas ellos le preguntaron para poder acusarle: *"¿Es lícito sanar en día sábado?"*. Mateo añade la pregunta, *"¿Que hombre hay entre vosotros, que tiene una oveja, y si ésta ha caído en un pozo en día sábado, no le eche mano, y la levanta? Pues, ¿Cuánto más vale un hombre que una oveja?"* (Mt.12:9-14).

El corazón natural ama la formalidad, y las ordenanzas religiosas apelan poderosamente a éste. Por la debida observancia de estos, de acuerdo con sus propios pensamientos, los religiosos han estado preparados para contender fieramente, aun a riesgo de estorbar "la obra de gracia de Dios". Poco importaba a los fariseos del día de nuestro Señor que la tierra estuviese llena de miserias si tan sólo las formas y ceremonias del sábado fuesen detalladamente cumplidas. El hombre en este día, heredando su espíritu, desearía más ver a las multitudes sin pastor y pereciendo antes que las establecidas costumbres fuesen tocadas. Nada engaña tanto al corazón como la religión sin corazón. Los hombres que levantaban objeciones acerca de la sanidad que el Señor efectuaba en sábado no veían nada malo en planear en ese mismo día como matarlo a Él. En fecha posterior, los sacerdotes se abstuvieron de cruzar el umbral de Pilato, para no tener contacto con un Gentil y contaminarse y quedar de este modo incapacitados para comer la Pascua, aun así ¡Nunca se les ocurrió a sus cauterizadas conciencias que era infinitamente más contaminante derramar sangre inocente! ¡Oh, la religión sin Dios, cuán oscuro ha sido su registro de inconsistencia y pecado!

El Salvador no permitió que nada estorbase la manifestación de Su bondad. Las formas no podían atarlo. Conforme a esto, mandó al afligido que extendiese su mano, y le fue sanada. Muchos de nosotros sufrimos de manos secas en esta hora. El pecado nos ha paralizado de manera que no podemos hacer nada para Dios. Su precioso sacrificio expiatorio es suficiente para todas nuestras necesidades. El hombre que se confía en Él es bendecido aparte de obras meritorias de cualquier forma. Un resultado de Su bendición es que la mano, una

vez seca, viene a ser fortalecida para hacer algo por Él en medio de una cargada y sufriente creación.

LOS CINCO MIL

Un hecho sangriento había sido justamente cometido en la tierra. Juan el Bautista, el honrado precursor del Mesías, había sido decapitado. Nuestro Señor, sintiendo la presión de las circunstancias (porque esto era de antemano la sombra de Su propia muerte al año siguiente), se apartó a un lugar desierto privadamente con los doce. Pero no se quedó quieto. Multitudes hambrientas lo buscaron aun en el desierto. Él no se molestó por esto. Aunque los hombres mostraban poca consideración por Él, en gracia Él estaba siempre preparado para mostrarles a ellos plena consideración. Aunque Israel había aprobado el asesinato de Su heraldo, Él todavía amaba a Israel.

Sus discípulos habrían despedido a la multitud, pero Él se negó a despedirlos con hambre. Como una prueba de fe, Él preguntó a Felipe dónde podían encontrar pan para alimentar a una multitud; éste respondió que 200 denarios sólo bastarían para dar a cada uno un poco. Andrés dijo que había un joven que tenía 5 panes y dos peces, "*Pero ¿qué son estos entre tantos?*" (Jn.6:5-9). Ninguno de ellos realizaba que se estaban dirigiendo al Creador del universo, "*que llama a las cosas que no son como si fuesen*" (Rom.4:17). En su frialdad los discípulos habrían despedido a la multitud, y en su incredulidad los habrían hecho morir de hambre. Éste es el corazón humano, ¡aún en verdaderos siervos de Cristo!

El Señor Jesús pronto les mostró que Él era el Dios que había dado el maná (Éx.16), y también Jehová del Salmo 132:15, que dijo, "*Bendeciré abundantemente su provisión; a sus pobres saciaré de pan*". De acuerdo con ello Él hizo que la multitud se sentase de cincuenta en cincuenta sobre la hierba (Mr.6:40). El orden está estampado en todos Sus caminos, sea en la creación o en gracia, "*Dios no es el autor de confusión*". Pero, antes de que cumpliera lo que fue en realidad un maravilloso milagro, Él dio gracias por el alimento que iba a administrar (Mt.14:19). ¡Maravillosa combinación de dependencia humana y Omnipotencia divina en Una persona! En Sus manos los cinco panes bastaban para cinco mil personas además de las mujeres y niños, doce cestas llenas sobraron. Poco debe sorprendernos el entusiasmo del pueblo que enseguida deseaba hacerle Rey (Jn.6:15). Un gobernador que es un dador sería realmente un don muy deseado para los hombres.

El Señor rehusó el reino. Aun así, éste será suyo, pero Él lo aceptará de manos de Dios, y no de manos del hombre. Cuando el debido tiempo llegue, Él establecerá un gobierno visible en Jerusalén, e inaugurará un orden de cosas que llenará la tierra con paz y bendición. Como en el día de los cinco mil, así será en la edad Milenial, Él asociará consigo a los suyos en la administración de la

bendición. Nunca más habrá hombres lamentándose de la tiranía, y nunca más conocerán de necesidades. Los problemas sociales que desconciertan a los más agudos intelectos en el presente tendrán su perfecta solución entonces, pero no antes. La cruz del Calvario es la base del futuro reino de gloria y bendición, como también el seguro fundamento de un presente perdón y paz para los individuos que creen. El Rey Redentor es la única esperanza del mundo.

La alimentación de los cinco mil es el único milagro registrado por los cuatro evangelistas.

ANDANDO SOBRE EL MAR

"¿Cómo pueden ser estas cosas?" es una muy natural pregunta cuando la mente humana contempla las obras de Dios, no obstante, ésta es la pregunta de la incredulidad, no de la fe. Sea respecto a la caída de los muros de Jericó, o a los tres días que Jonás ha pasado en el vientre del pez, del andar de nuestro Señor sobre el mar, o de alguna otra maravilla que hace temblar el corazón que ha aprendido a confiar en Dios y cree en Su palabra.

Cuando el Salvador rehusó ser hecho Rey después de la alimentación de los cinco mil, Él vino a un monte a orar, mandando a los discípulos que cruzaran a la otra orilla del mar de Genesaret. Éste es un cuadro de lo que pronto se realizará, Su ida arriba a Dios para entrar en Su actual ministerio de intercesión, el dejar a los discípulos para hacer frente a las olas de un mundo tormentoso durante Su ausencia. Los doce encontraron que su paso por este mundo es rudo y de gran prueba, como siempre lo han hallado los seguidores de un Señor rechazado y crucificado. Muchas tormentas Satanás ha levantado con la esperanza de destruir todo testimonio al nombre del Señor que él odia. A la cuarta vigilia de la noche el Señor vino a los discípulos, andando sobre las aguas. Ellos, pensando que era una aparición, clamaron con temor, pero fueron pronto calmados con las palabras del Señor, *"¡No temáis, soy Yo!"* ***Él nunca ha fallado en acercarse a los suyos en sus horas de angustia y necesidad.*** Él es el "Yo Soy" de Éx.3:14. Las posibilidades envueltas en tal nombre prohíben el más pequeño cuestionamiento de la incredulidad, *"Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar"* (Sal.46:2).

La barca es el emblema del antiguo sistema de cosas en el cual el Señor había dejado a Sus discípulos a Su glorificación. El libro de los Hechos muestra cuán tenazmente ellos se aferraban al antiguo orden de cosas, con su santuario terrenal, su sucesivo sacerdocio, etc., y cuán lentos eran para aprender que el Cristianismo es esencialmente un sistema espiritual y celestial, en lugar de ser un injerto sobre el Judaísmo, el Cristianismo es completamente opuesto en carácter y espíritu. El Judaísmo, con su bellissimo ritual, apelaba a los sentidos; aquel que ha comprendido el Cristianismo mejor que muchos dice, *"Andamos por fe, y no por vista"* (2ª Cor. 5:7). El propósito de Satanás ha sido siempre corromper

la obra y testimonio de Dios; de allí que cuando la antigua barca del Judaísmo fue destruida por Tito él se puso a trabajar para preparar otra barca bajo el nombre de Cristo. Santuarios terrenales, sacerdotes demandando derechos sucesivos, etc., pronto aparecieron, para la completa falsificación del testimonio de Dios.

Mateo, Marcos y Juan nos hablan de cómo el Señor anduvo sobre el agua, Mateo añade otra característica (Mt.14:24-33), Pedro, cuando supo que era el Señor quien se estaba acercando, pidió permiso para ir a Él. Éste siendo concedido, él salió de la barca, e iba a Jesús. Por un momento él tambaleó y titubeo al ver el viento y las olas, y al comenzar a hundirse clamó y la mano del Señor vino en su ayuda. De igual forma el creyente individualmente que vuelve hoy sus espaldas a la barca de la Cristiandad religiosa, en obediencia al llamado en Heb.13:13, debe mirar solamente al Señor para que sustente su andar en fe. Pero el primer acto de fe, sin el cual nada más es posible, es la humilde obediencia del alma a Él por perdón y salvación.

La tormenta cesó cuando el Señor y Pedro subieron a la barca. De manera similar la furia del mundo será acallada cuando Cristo y Sus santos se muestren una vez más en medio de Israel.

LA MUJER SIRO FENICIA

En Mt.15 tenemos dos corazones que se nos revelan —el corazón del hombre y el de Dios. En respuesta a las críticas de los fariseos a causa de que Sus discípulos comían sin lavarse las manos, nuestro Señor les dijo que un hombre no se contaminaba por aquello que entraba en su boca, sino por lo que salía de ella, las palabras son la expresión de lo que hay en el corazón. Él procedió a mostrarles un terrible cuadro del corazón humano. De acuerdo con Su juicio, que no puede fracasar, éste es un montón de pestilencia e iniquidad.

Volviéndose de Sus hipócritas oponentes, el Salvador fue a la vecindad de Tiro y Sidón. Un breve tiempo antes, Él había considerado estos lugares como especialmente endurecidos; ¿Qué podría encontrar allí que refrigerara Su espíritu? Él fue pronto llamado por una mujer Cananea para que expulsará de su hija a un demonio, ésta clamaba, "*Hijo de David, Hijo de David, ten misericordia de mí, porque mi hija es atormentada por un demonio!*" ¡Cuán terriblemente erraba ella! Como siendo de una raza bajo maldición, y cuya permanencia en la tierra se debía únicamente al fracaso del pueblo de Dios en días de Josué para expulsar a tales pueblos de la tierra, ¿Qué demanda tenía ella sobre el Hijo de David, sino su propio y justo exterminio? Al principio el Salvador no le respondió, pero diciéndole los discípulos para que la despidiera Él dijo: "*Yo no he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel*". Ésta era realmente Su misión en aquel tiempo. Él era "*Ministro de la circuncisión para confirmar las promesas hechas a los padres*" (Rom.15:8). En este carácter los

Gentiles no tenían ninguna demanda que hacer sobre Él. No obstante, a causa de la vehemencia la mujer no abandonaría su intento. Y conforme a ello ella decía, "*Señor, ayúdame*". Ella abandonó el título "*Hijo de David*" y deseaba ardientemente sólo la misericordia. Pero no había ido lo suficientemente bajo, de manera que nuestro Señor le respondió: "*No es bueno dar el pan de los hijos a los perrillos*". Ésta era realmente una palabra que la probaba. Aun así, ella no se enojó y alejó, como Naamán en su rabia lo hizo. Ella humildemente replicó, "*Si, Señor, pero aún los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos*". Su argumento era perfecto y prevaleció. Aunque ella era solamente una Gentil, fuera de la familia elegida de Israel, ella tenía tal confianza en la bondad de Dios que aún había bendición en el corazón de Dios para la más pequeña de Sus criaturas. Ciertamente que Aquel cuyo hogar era el seno del Padre no la contradecía a ella en esto. Su extraño trato con ella tenía el propósito de producir esta fina expresión de fe en ella. El severo comportamiento del Salvador cubría un corazón de ternura que anhelaba bendecirla desde el momento que ella tomó su verdadero lugar ante Él. Él parece haber visitado aquella localidad por causa de ella; porque, habiendo sanado a su hija con Su palabra, retornó al lugar desde donde había venido. Su ojo había discernido la aflicción de la mujer desde lejos, aunque ella no lo sabía.

El secreto de la bendición es tomar un lugar bajo, a los pies de Dios. Como nacidos de una raza arruinada, e individualmente culpables de pecado, no tenemos ninguna demanda ante Dios sino el juicio. Pero aquel que humildemente se reconoce a sí mismo como impío, rápidamente aprenderá que tal es el corazón de Dios que ha sacrificado a Su propio Hijo Unigénito para su bendición, y que en virtud de esta muerte expiatoria, sus pecados e iniquidades no serán recordados más.

LOS CUATRO MIL

La osada fe de la mujer siro fenicia fue verdaderamente un refrigerio para el espíritu del Salvador, a menudo angustiado por la incredulidad del favorecido Israel. De igual manera Él encuentra placer hoy en la fe de los creyentes Gentiles mientras Israel permanece alejado y disperso. Nunca se permitirá que nada lo aleje de la simiente de Abraham; Él los ama con eterno amor, y los dones y llamamiento de Dios son irrevocables. Él volvió rápidamente, por tanto, de la vecindad de Tiro y Sidón, y trabajó una vez más en medio de Israel.

Multitudes necesitadas se reunían a Su alrededor (Mt.15:29-39) Su toque bastaba para sanar cada forma de enfermedad, y los libertados era constreñidos a glorificar al Dios de Israel. Estas cosas se realizaron sobre una montaña en Galilea. Después de tres días de tal ocupación el Salvador quiso alimentar al pueblo, que estaba muy lejos de las ordinarias fuentes de alimento. Él no pregunto nada ahora a los discípulos, como en la alimentación de los cinco mil;

sino que simplemente declaró Su compasión por las necesidades del pueblo, y Su intención de suplirlas. Tan olvidadizo es el corazón humano donde Dios es concernido, que los discípulos, habiendo olvidado el milagro anterior, expresaron sus dudas en cuanto a encontrar alimento suficiente en el desierto para dar a tan grande multitud. Esto fue producido por el hecho de que siete panes y unos pocos peces estaban solamente disponibles. Este puñado vino a ser poderoso en la mano que una vez destruyó al poderoso ejército de Faraón por medio de una humilde vara de pastor.

En simple y sincera dependencia de Dios (Porque el Hijo vino a ser verdaderamente un hombre), Él dio gracias públicamente por las misericordias temporales que pronto suplieron la necesidad de la multitud ante Él. Cuatro mil hombres fueron alimentados esta vez, además de mujeres y niños. Y al final los restos que quedaron fueron reunidos, porque con Él ningún derroche puede acompañar la benevolencia. Siete grandes cestas llenas sobraron, y comparadas con las doce anteriores que sobraron de la primera alimentación. Los números en las Escrituras nos enseñan verdades espirituales. Siete (dos veces repetido en esta narración) es el número de perfección; cuatro es el número del mundo. Debemos aprender simbólicamente que cuando Él abre Su mano para remediar los dolores de los hombres habrá perfección en la bendición de esto, no solamente para las tribus de Israel, sino también para todo el mundo. Esta feliz condición de cosas, sin embargo, no puede suceder hasta que Él retorne desde el cielo. Su aparición en majestad será la brillante apertura de un día cargado de paz y bendición tal como el mundo nunca ha conocido.

Mientras tanto, de un corazón plenamente cargado con gracia y bondad, la misericordia divina fluye libremente a los individuos en todo lugar, dondequiera que ellos sienten su necesidad de estas cosas. Aunque el gemido del mundo, como tal, no puede ser acallado mientras el Salvador permanezca sentado a la diestra de Dios, ningún individuo necesita quedarse una sola hora sin la bendición. Sobre la perfecta y justa base de Su muerte y resurrección, cada alma puede tener el perdón y la sanidad espiritual, y encontrar en el exaltado Salvador mismo plena satisfacción a ese corazón hambriento que las cosas del mundo no pueden jamás satisfacer.

EL NIÑO ENDEMONIADO

Es un terrible hecho que este mundo está bajo el poder de Satanás, su príncipe. El Salvador fue recordado de esto en una peculiar y penosa manera cuando Él descendía del santo monte después de Su transfiguración. Él encontró a una multitud reunida, con escribas entre ellos, y en medio a un pobre niño endemoniado echando espumarajos. Sus discípulos también estaban allí, pero, por falta de fe, ellos eran impotentes en presencia del poder del enemigo. Divinamente comisionados e investidos de autoridad como estaban (Mt.10.1), ellos eran incapaces de satisfacer la emergencia que se presentaba.

El Señor sabiendo que el niño sufría de este mal desde su niñez. Un cuadro, demasiado semejante al de nuestra raza, que cayó en manos de Satanás en la misma infancia, en los días del huerto de Edén. El pobre niño era sordomudo (Mr. 9:25), reflejando de este modo la condición espiritual de cada representante de la raza caída de Adán. El hombre no regenerado no tiene nada que decir a Dios, y no escucha los mandamientos de Dios. Dios es para éste como si no existiera. El afligido niño estaba en constante peligro de su vida. Su padre dijo del espíritu inmundo que estaba dentro de él, *"A veces lo arroja al fuego, o dentro de las aguas para destruirlo"*. De la misma manera cada pecador no libertado está en peligro, no solamente de un peligro temporal, sino de eterna destrucción. El líder escogido del hombre es verdaderamente un cruel engañador, ¡Que todos los ojos estén abiertos a esto!

Desilusión en los discípulos, quienes debiesen haber sido capaces de glorificar y hacer un poderoso uso del nombre del Salvador, pero en su desesperación el padre se volvió al Señor. Sin embargo, no con una gran fe en Él. *"Si puedes hacer algo, ten compasión de nosotros, y ayúdanos"* (Mr.9:22). ¡Qué palabras dirigidas al Señor! Aquel que creó el universo, y todo lo que está en él, ciertamente podía vencer el poder de Satanás, una mera criatura de Sus manos, a pesar de que los más poderosos demonios siempre reconocieron Quien era Él; los hombres ¡Ay!, sólo lo hicieron en escasas ocasiones.

Es el privilegio de los heraldos de Cristo ahora proclamar no lo que Él es capaz de hacer, sino lo que Él ha hecho. Habiendo inclinado Su cabeza en la muerte como una expiación por el pecado, Él es justamente capaz de *"predicar libertad a los cautivos..."* etc. Nadie necesita quedar bajo el amargo yugo de Satanás por una sola hora; un simple llamado al victorioso Señor en la gloria del cielo liberta al alma para siempre. *"Si tú puedes"* dijo el Salvador al padre; *"todas las cosas son posibles para el que cree"*. Aquí tenemos el secreto de la bendición y la libertad en todo tiempo. No es el esfuerzo humano, sean decisiones, oraciones, o religiosidad, sino la simple fe en el Hijo de Dios. El evangelio tiene el propósito de abrir los ojos de los hombres, para que se vuelvan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios, para que puedan recibir perdón de pecados, y una herencia entre todos los santificados por la fe en Cristo

(Hech.26:18).

Con lágrimas el padre exclamó: "*Señor, ayuda mi incredulidad*". Y entonces la bendición vino, y el niño fue libertado para siempre. Cada uno de los evangelios sinópticos registra este tocante incidente, Marcos, como es usual con él, con los más grandes detalles.

EL DINERO DEL TRIBUTO

Fue completamente natural que el cobrador de impuestos haya preguntado a Pedro en relación con el pago de su Maestro del medio siclo que todos los varones debían dar para el templo (Mt.17:24-27). A sus ojos Él era solamente un predicador itinerante, quizás un profeta, y por tanto expuesto a este impuesto como todos los otros. Pero Pedro erraba al responder la pregunta en afirmativo. Sólo un poco antes él mismo había confesado a Cristo como "*El Hijo del Dios viviente*", y había recibido del Señor la bendición por esto (Mt.16:16-17); ahora él reconoce Su deber a pagar un pequeño impuesto como si Él fuese un mero hijo de Jacob. Cuando él entró en la casa, el Señor se anticipó a lo que él iba a decir, mostrándole de este modo Su perfecta Omnisciencia. "*¿Qué te parece Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños? Pedro le respondió. De los extraños. Jesús le dijo. Luego los hijos están exentos. Sin embargo, para no ofenderles, ve al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques tómallo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómallo, y dáselo por mí y por ti*". Una simple declaración, ¡Aun así cuán plena! Jesús de Nazaret es el Hijo de Aquel que moraba en el templo. De Él el Gran Soberano del universo jamás podía demandar algo. Pero observe el plural —"*hijos*". Él puso a Pedro juntamente con Él, compartiendo Su propia posición y relación. ¡La gracia de esto es asombrosa! Aun así la Escritura es más explícita en su dirección a cada cristiano, "*Ya no eres más siervo, sino hijo... hijos de Dios por fe en Cristo Jesús*" (Gál.3:26 y 4:7). Debemos esto a la sangre expiatoria del Señor Jesús, que ha quitado nuestros pecados, y dado a Dios un justo fundamento para el despliegue de todo Su amor y gracia La sangre de Cristo autoriza a cada cristiano a tener parte en las relaciones del Hijo con el Padre, y estar con Él en Su gloria celestial para siempre.

Pero estas maravillas no son todavía reconocidas por el mundo. Tampoco Cristo ni los cristianos son aún reconocidos en Su verdadera posición de exaltación como hijos del Padre. Por tanto, el tributo debe ser pagado sin reparos. Ningún clamor, ni resistencia, pasiva o de otra manera podía proceder del manso y humilde Señor. Si el medio siclo hubiese sido demandado en el tiempo del censo como dinero de expiación (Éx.30:11-16), el caso habría presentado serias dificultades; pero este impuesto era de una naturaleza diferente, un mero impuesto para el mantenimiento del templo (2ª Crón.24:6). Note la tierna consideración de nuestro "*Pero para no ofenderles*", Él más bien pagaría en

figura, aunque esto era injusto y objetable, antes que poner en peligro el testimonio de Dios al provocar los envidiosos comentarios de los no regenerados. ¡Cuán poco este ejemplo ha sido atendido por los cristianos cuando se conducen bajo un sentido de mal o injusticia!

Pequeña, aunque era la suma, el Salvador no la poseía. La creación debe por tanto suplirla a Su mandato, *"ve al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómalo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómalo, y dáselo por mí y por ti"*. Todo, y cada cosa, viento, olas, peces, demonios, etc. discernían Quien era Él, salvo el pobre y cegado hombre. ¡Penoso pensamiento! La más favorecida de todas las criaturas de Dios, ¡Es la más ciega a causa del pecado! Aun así, Su infinita gracia adquirió y levantó a multitudes de desgraciados hijos de hombre, y los ha puesto en la compañía de Su Amado Hijo, de manera que Él puede enlazarlos y unirlos consigo mismo y decir, *"Por mí, y por ti"*.

EL CIEGO BARTIMEO

El Salvador estaba yendo a Jerusalén por última vez. En menos de una semana toda la aflicción de la tierra estaba sobre Él. La muerte, con su agonía y vergüenza, estaba detrás de Él, y Su cuerpo sería colocado en una tumba. Pero, aunque Su sensitivo espíritu sentía el peso de todo lo que se estaba acercando, nada pudo detener Su mano bondadosa. La miseria humana provocaba toda Su ternura.

Él estaba justo pasando por Jericó, después de haber sido invitado a la casa de Zaqueo (Lc.19). El hecho de que esta ciudad estaba bajo una especial maldición por edades no fue una barrera u obstáculo para Él; la gracia divina en Él se levantaba suprema, sobre todo. Si no hubiese sido así, Él nunca habría visitado la tierra, ni puesto voluntariamente bajo la ira de Dios a causa del pecado. Había un mendigo ciego, que, escuchando el ruido de la multitud, y preguntando a qué se debía esto, sabía que Jesús de Nazaret estaba pasando por allí, Marcos nos dice que el nombre de él era Bartimeo; Mateo nos hace saber que éste tenía un compañero, ésta es la tercera vez en la cual el evangelio de Mateo nos presenta a dos sufrientes donde los otros evangelios hablan sólo de uno.

Bartimeo clamaba fuertemente: *"Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí"*. Y él no recibió ninguna reprensión por parte del Señor por dirigirse a Él bajo este título. Al usarlo Bartimeo era justo, como la mujer siro fenicia estaba errada. Como nacido de Israel, él estaba autorizado a esperar un Rey por el linaje de David quien debía abrir los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos, etc. (Isa.35:5-6). Los que rodeaban al Señor trataban de silenciarlo, pero sin lograrlo, *"Pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí!"* (Mr.10:48). Si él hubiese perdido esta oportunidad no habría tenido otra, porque el Señor nunca más volvió a visitar Jericó. Su clamor llegó a oídos del Señor.

Sabiendo que era llamado a acercarse, el ciego, *"arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús"*. Este pobre hombre nos enseña muchas lecciones. Hay un vestido de justicia propia que multitudes hoy están llevando para perjuicio de sus propias almas. ¡Oh, que ellos puedan deshacerse de estos, y como pecadores buscar los pies del Salvador! (Rom.10:3). Muchos de nosotros también haríamos bien en imitar al ciego Bartimeo en clamar insistentemente por la bendición. Una sola palabra del Señor Jesús bastó para su sanidad: *"Vete, tu fe te ha salvado"*, *"Y luego vio, y le seguía, glorificando a Dios; y todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios"* (Lc.18:43). El Señor no le mandó que se quedaría en silencio acerca de su sanidad como cuando sanó a dos ciegos un tiempo antes (Mt.9:30). Él debía presentarse públicamente en Jerusalén como siendo el Rey por tanto tiempo esperado, y era bueno que un testimonio fuese dado en este momento a Su Persona y poder. Pero el más claro testimonio no vale de nada para los hombres cegados voluntariamente por Satanás; de allí que ninguna multitud lo esperase en Jerusalén, sino sólo una multitud de aflicciones; no era el trono de gloria el que se estaba preparando para Él, sino que en lugar de eso una cruz de vergüenza. Pero esto, en los maravillosos designios de Dios, ha asegurado nuestra eterna salvación y nos ha librado de eterno dolor.

LA HIGUERA MALDECIDA

Cada milagro realizado por el Hijo de Dios sobre la tierra fue un acto de bondad y de misericordia, con la única excepción de la maldición de la higuera estéril. Esto ocurrió durante Su última semana de aflicción. Su ministerio durante esa semana fue ejercitado en Jerusalén, pero cada tarde Él salía de Jerusalén para alojarse en Betania, prefiriendo la simple realidad de Lázaro y sus hermanas, al formalismo religioso muerto de lo que estaba lleno Jerusalén.

Una mañana, cuando Él atravesaba el camino entre Betania y la metrópolis, sintiendo hambre, Él se detuvo al ver una higuera esperando hallar algún fruto en ella. Pero lo único que encontró fueron hojas en abundancia, pero ni una señal de higos. El tiempo para recoger fruto no había llegado. Él entonces pronunció una maldición sobre ésta: *"Nunca más nazca de ti fruto"*. Y la higuera se secó desde sus raíces (Mt.21:19).

Todo el proceder fue único, y Su severidad inusual para Uno lleno de gracia como el Señor Jesús; de manera que somos detenidos por esto, y obligados a buscar su significado. Un tiempo antes Él había asemejado al pueblo Judío a una higuera plantada en una viña (Lc.13:6). Esto nos da la clave a este destacable incidente. El mismo era Jehová que había mostrado favor y cuidado a Israel por edades, y Quien estaba autorizado por tanto a esperar algo a cambio. ¡Ay!, la historia de Israel ha sido una de pecado y rebelión desde el comienzo. Bajo cada prueba divina ellos no han producido nada sino espinas. Ahora Él había venido desde el cielo en Persona para ponerlos a la prueba suprema. Esto

pronto terminaría en sangre. El aire estaba lleno de conspiración contra Él; y en unos pocos días, como Él perfectamente lo sabía, Él estaría muerto en una tumba. La maldición de la higuera era por tanto una acción simbólica; porque este árbol representaba a Israel bajo el antiguo pacto, que pronto debía ser absolutamente rechazado como estéril para Dios sobre la tierra. Cuando Dios reúna y saque fruto de esa nación, será de una nueva generación bajo el nuevo pacto de gracia en el reino Milenial.

La maldición de la higuera tiene una enseñanza para los hombres de la Cristiandad como para los hombres de Israel. La historia de Israel es un espejo en el cual los hombres de todo lugar pueden verse reflejados. La Cristiandad hoy es tan irreal e infructífera para Dios como Israel en el pasado. Cada observador reflexivo admitirá que estamos frente a frente con una estéril multitud de hueca y vana profesión. En ninguna esfera hay tantas apariencias como en la esfera religiosa. Los hombres conmemoran con fiestas el nacimiento del Salvador mientras desprecian Su salvación; edifican costosos templos en Su nombre mientras le niegan cada pulgada de lugar en sus corazones; celebran con pomposos rituales Su muerte expiatoria, mientras la desprecian para las necesidades de sus almas. El Juez del culpable Israel no librará para siempre a la más culpable Cristiandad. En Rom.11:16-22 tenemos su justo destino.

EL DEMONIO EN LA SINAGOGA

Cuando nuestro Señor dejó por primera vez Nazaret para ir a vivir a Capernaum se encontró con una extraordinaria experiencia en ese pequeño puerto. De acuerdo con Su costumbre, Él entró en la sinagoga en sábado, sus discípulos estaban con Él. Su exposición de las Escrituras fue interrumpida por uno poseído por un demonio que clamaba: "*¡Ah! ¿Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios*" (Mr.1:24). Ser confrontados en tal lugar con el poder de Satanás fue ciertamente algo muy destacable. El Salvador frecuentemente se encontró con endemoniados fuera en el mundo, de este modo se nos recuerda penosamente que el mundo está bajo el poder de Satanás su príncipe; pero que un demonio se introduzca en la misma presencia de Dios era algo extraordinario. El demonio le conocía, y no dudaba en confesarlo como el Santo de Dios o Dios Altísimo, un título asignado a Él en el Salmo 89:19. Pero el Señor no podía recibir el testimonio de una tal fuente, como tampoco en fecha posterior podía aceptarlo el apóstol Pablo (Hech.16:16-18). Entre Cristo y Satanás no hay ninguna afinidad, sino más bien el más profundo antagonismo moral. De acuerdo con esto, en presencia de la congregación, el Señor abatió el poder del enemigo, y libertó a su víctima. El pueblo se fue a casa maravillado por la enseñanza que habían escuchado y ante el poder del cual habían sido testigos.

¿Hay algo hoy que responda al demonio en la sinagoga? Ciertamente que

si, porque esta historia se está repitiendo continuamente. La parábola de la semilla de mostaza viene a la mente en conexión con esto. El Señor asemejó la profesión del Cristianismo a la más pequeña de todas las semillas de las hortalizas que se desarrolla hasta tales proporciones que se hace un abrigo para las aves de los cielos. Viendo que en el curso de la misma exposición Él usó las aves como símbolos de los emisarios de Satanás (Mt.13:4, 19, 31 y 32), lo que tenemos aquí no es sino un vaticinio de la profesión Cristiana perdiendo su carácter original y humilde, y viniendo a ser un ostentoso sistema, que da abrigo y lugar para los mismos enemigos de Cristo y el evangelio. Cuán tristemente esto ha sido verificado debe ser patente a cada observador reflexivo. Como es que en los edificios levantados para la predicación de la palabra de Dios los hombres están escuchando palabras que desacreditan la inspiración de las Escrituras, repudio de los milagros, dudas respecto al nacimiento virginal de Cristo, y palabras deshonrosas en cuanto a Su sangre expiatoria, y el esfuerzo por espiritualizar los importantes hechos de Su resurrección. ¿Viene esto del Espíritu de verdad, o de algún otro espíritu? No nos engañemos a nosotros mismos. Hay una acción de Satanás en la Cristiandad hoy tan maligna como aquella en Israel en tiempos pasados. La forma de esto ha cambiado, pero nada más. En una edad pulida los hombres son inclinados a usar términos suaves para serias ofensas, y oscurecen de este modo su verdadera naturaleza y carácter. Es infinitamente más sabio y seguro poner estas cosas en su verdadera luz, aunque odioso pueda parecer esto.

Nadie puede vencer el poder de Satanás sino Aquel que expulsó el demonio de la sinagoga en Capernaum. Esto Él lo hará efectivamente cuando salga del cielo en poder y majestad. Mientras tanto, quienes temen a Dios son mandados a no tener comunión con las obras infructuosas de las tinieblas sino más bien exponerlas (Efes. 5:11).

EFATA

Marcos nos dice que después de esta jornada especial a la vecindad de Tiro y Sidón para la sanidad de la mujer siro fenicia, el Salvador hizo un circuito al distrito de Decápolis. Éste consistía en diez ciudades a las cuales les habían sido concedidos privilegios especiales por los conquistadores Romanos alrededor de un siglo antes. Allí, como en otras partes, Él encontró abundante necesidad para el ejercicio de Su divino poder y misericordia. Un hombre le fue llevado que era sordo y que tenía un impedimento en su hablar (Mr.7:31-37); un humillante cuadro de la condición moral y espiritual de cada hombre como fruto de la caída. El hombre dejó de escuchar a Dios desde el huerto de Edén; aún después de ese fatal día la disposición de toda la familia humana ha sido escuchar a cualquier otro menos a Dios. De allí la exhortación al pueblo escogido a: "*Escucha Oh Israel*" (Dt.6:4), y la lamentación divina: "*Si mi pueblo me hubiese escuchado*"

(Sal.81:13), entonces de allí también el llamado que se nos dirige a nosotros: "*Si hoy escuchaseis su voz, no endurezcáis vuestros corazones*" (Heb.3:7). La lengua de un hombre no regenerado es extranjera a Dios como el oído; nadie puede negar que el más elocuente conversador delata un impedimento en su hablar tan pronto como las cosas de Dios y de Cristo son introducidas.

El Salvador tomó al sufriente aparte de la multitud. Es bueno estar solos en la presencia divina. El zumbido de la ocupación del mundo no conduce a la reflexión espiritual. El gran destructor de las almas querría mantener más bien a los hombres en un continuo torbellino de trabajo, ocupación y placer que verlos sentados en quieta meditación de la Palabra ante Dios. Pero es en el silencio de la presencia divina que aprendemos a conocer nuestro pecado, culpabilidad y profunda necesidad de la gracia soberana. Allí, aparte del alboroto y del clamor de las multitudes, vemos las cosas en su verdadera luz, y nuestras almas encuentran eterna bendición.

El Salvador tocó primero los oídos del afligido y después su lengua. Este orden es significativo en el dominio y esfera espiritual ya que el oído debe ser abierto para escuchar y recibir las instrucciones divinas antes que la lengua sea capaz de hablar y expresar las alabanzas de Dios, "*Creímos, por lo cual hablamos*" (2ª Cor.4:13). "*La fe viene por el oír, y el oír la palabra de Dios*" (Rom.10:17). Aquel que ha recibido por el camino del oído el evangelio de Cristo en su corazón se deleitará en hablar de las maravillas de la gracia de Dios a su alrededor.

Y tocando al hombre el Señor miró al cielo, y gimió, diciendo "*Efata*", (es decir, se abierto). La carga del pecado del mundo y de las muchas miserias que lo agobian, oprimían Su espíritu. Él recordó el día cuando, edades antes, Él pronunció sobre toda su obra de creación "*y fue muy bueno*" (Gén.1:31), y Él gemía cuando consideraba todo el estrago que Satanás y el hombre habían causado por medio del pecado. Fue esto lo que lo trajo hasta este mundo. Pero Él ha venido, no sólo para sanar enfermedades físicas, sino para hacer la expiación por el pecado por medio de Su propia sangre, para que todos los que creen en Él puedan ser libertados de una vez y para siempre de la culpabilidad y esclavitud del pecado, y ser reconciliados a Dios en paz y bendición.

Las asombradas multitudes que veían el milagro exclamaron, "*Él ha hecho todas las cosas bien*". Con esta plenitud de significado puede esto decirse cuando los cielos y la tierra nueva aparezcan, pobladas con incontables miríadas de bendecidos, y salvados del pecado, del sufrimiento y la muerte, como el precio de Su invaluable y precioso sacrificio.

HOMBRES COMO ÁRBOLES

Nuestro Señor en una oportunidad realizó un milagro en dos partes. La escena fue Betsaida, registrada en Mr.8:22-26. Los otros evangelistas permanecen callados respecto a esto. Un ciego le fue llevado, el Salvador lo sacó fuera de la ciudad, y escupió sobre sus ojos; después, poniendo Sus manos sobre él, le preguntó si veía algo. El hombre respondió: "*Veo hombres como árboles*". El gran Sanador lo tocó una segunda vez, después de lo cual, éste veía claramente; él entonces fue despedido para que fuese a su casa.

La línea proseguida por nuestro Señor en esta instancia fue muy singular, y sus lecciones son de una forma inusual. La vista parcial de este hombre representaba la condición espiritual de los discípulos mientras el Salvador estaba con ellos. Ellos sólo percibían oscuramente el verdadero carácter de Su misión en gracia. Ellos sinceramente creían que Él era el tan esperado Mesías, que había de sentarse en el trono de David; pero que Él debía sufrir, y ser hecho una ofrenda por el pecado no tenía ningún lugar en sus pensamientos. Ellos comprendían claramente que tal capítulo como el Salmo 72 con sus glorias del reino, se referían a Él. Su conversación después de la resurrección con los discípulos que iban a Emaús aclaró muchas dificultades para aquellos a quienes se dirigía: "*¿No debía el Cristo sufrir estas cosas, y entrar en su gloria?*" (Lc.24:26) Su posterior visita a Jerusalén en el mismo día dispuso perplejidades de otros. "*Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén*" (Lc.24:45-47). Entonces estos hombres debían ser poderosos testigos de un Cristo crucificado, mientras esperaban Su retorno del cielo como un Rey glorioso.

Muchos creyentes sinceros hoy son imperfectos en su visión espiritual como lo eran los discípulos antes. Para hablar así, ellos ven a los "hombres como árboles". Muy pocas cosas son claras para ellos. Por ejemplo, muchos temen, aunque son hijos de Dios por fe en Jesucristo, que al final puedan perderse. Fallan en comprender que no hay condenación para aquellos que la gracia divina ha identificado con Cristo. Ellos tienen el temor que el Espíritu Santo puede serles quitado, y no perciben que este inapreciable don se debe a la sangre del Salvador, y que hace esto seguro para siempre. Ellos piensan que cada vez que el cristiano falla, necesita una nueva limpieza en la sangre expiatoria, su fe no ha comprendido que el cristiano está limpio judicialmente para siempre, y que no necesita nada más que agua para sus fracasos diarios, agua que encuentra en la palabra de Dios. Ellos temen que el Señor Jesús los rechace, a Su venida, no sabiendo que nuestra traslación a la gloria es solamente el fruto de la gracia soberana, la que nunca puede fallar. Que los tales vayan una vez más al Salvador para que les dé otro toque con Sus manos, como lo hizo con el pobre ciego de Betsaida. Ellos entonces verán las cosas espirituales como ellas son a los ojos de

Dios, y su gozo será pleno para siempre.

LA PESCA MILAGROSA

Fue un notable día en la historia de Simón Pedro cuando el Salvador le pidió que le prestara su barca en el lago de Genesaret (Lc.5:1-11). Éste no fue el primer encuentro que él tuvo con el Señor. Un tiempo antes él había sido presentado al Señor por su hermano Andrés, y esto había resultado en una adherencia de su corazón a Él que era permanente y eterna (Jn.1:40-42). Pero, como muchas otras almas verdaderamente convertidas, Simón tenía mucho que aprender concerniente al mal de su propio corazón y de allí el destacable incidente sobre el lago fue una inmensa bendición para él en esta dirección.

El Salvador estaba siendo apremiado por las multitudes que estaban hambrientas por escuchar la palabra de Dios. Estando a orillas del lago, y observando dos botes cerca, Él pidió prestado uno para poder desde éste enseñar. Simón, quien estaba lavando sus redes, respondió con prontitud, y la predicación fue continuada bajo estas excepcionales condiciones. Cuando la predicación terminó, el Señor mandó a Simón que lanzara su red. Y aunque él había trabajado toda la noche en vano, obedeció el mandato, con el resultado que una gran multitud de peces se encontraba en su red de manera que ésta se rompía. El segundo bote fue necesario, y ambos estaban tan cargados que comenzaban a hundirse.

Nunca Simón y sus compañeros habían hecho tal experiencia. En el propio caso de Simón, éste le otorgó profunda bendición espiritual; él enseguida estuvo consciente de la realidad de estar tratando con Dios, que el mal de su corazón vino a estar descubierto ante él, y cayó a los pies de Jesús, diciendo: *"Apártate de mí Señor, porque soy hombre pecador"*. Tal fue la angustia de su alma que se olvidó completamente de la peligrosa situación en la cual se encontraba su barca. Ésta no fue su conversión, él había sido convertido en su primer encuentro con el Salvador; esto era simplemente una profundización de la obra de Dios en su alma. Job había tenido tal experiencia (Job 42:6); e Isaías también (Isa.6:5). *"Ninguna confianza en la carne"* debía ser desde entonces uno de los lemas de su vida (Fil.3:3). Cuando un hombre llega a este punto comprende que nada cuenta para con Dios sino Cristo, y toda su confianza viene a centrarse en Aquel que murió y resucitó. ¡Feliz posición en la cual estar!; envolviendo como ésta lo hace, completa libertad del viejo "yo" con todas sus pretensiones y demandas.

La propia conciencia herida y tocada del pescador fue pronto en gracia estimulada por el Señor, *"No temas, porque desde ahora tú serás pescador de hombres"*. Conforme a esto Simón y sus compañeros abandonaron sus botes y redes para siempre, y siguieron al Salvador en Su misión de amor hacia las almas de los hombres. Singularmente, Lucas omite toda mención de Andrés en esta narración, mientras él nos habla de la especial obra en su hermano. Pescar

hombres por medio del evangelio vino a ser la feliz ocupación de Simón y Andrés, Jacobo y Juan desde ese momento. Un ejemplo de pescar con la red está registrado en el libro de los Hechos en el cap.2., cuando tres mil nuevos convertidos recibieron el evangelio; y un ejemplo de pescar con anzuelo lo tenemos en Hech.8, cuando un alma individual fue salvada cuando iba por un camino desierto.

EL HIJO DE LA VIUDA DE NAIN

Ciertamente no fue irrazonable cuando Pablo preguntó al rey Agripa: "*¿Se piensa como cosa increíble que Dios resucite a los muertos?*" (Hech.26:8). Si se admite que hay un Dios que es supremo en el universo es fácil creer en la resurrección, aunque éste pueda ser un sorprendente milagro. Aquel que creó al hombre del polvo es ciertamente capaz de volver a llamarlo del dominio de la muerte, si a Él le agrada hacerlo así.

Pero sólo Dios puede realizar tal maravilla. Cuando en diferentes tiempos, Elías, Pedro y Pablo han resucitado personas de entre los muertos, ellos estaban claramente usando no su propio poder, y los milagros eran concedidos en respuesta a su oración de fe. Pero Aquel que era más grande que ellos, podía detener un funeral con Su majestuoso "*A ti te digo, levántate*", y la muerte inmediatamente soltó a su presa. Bien podía decir el pueblo que Él hablaba como Uno que tenía autoridad, y que jamás hombre alguno habló como Él.

Tenemos justo ahora, ante nuestras mentes Su acción en la puerta de Nain (Lc.7:11-17). Cuando Él se acercaba a ese lugar, acompañado por Sus discípulos, y seguido por la usual multitud, un hombre muerto estaba siendo llevado a su sepultura. Este era hijo único de su madre viuda. Tan triste espectáculo no podía fallar en apelar al tierno corazón del Salvador. Toda Su simpatía iba hacia esta desolada mujer. Pero en Él la simpatía estaba combinada con el poder. De allí que no solamente dijo a la madre; "*No llores*"; sino que también dijo a su hijo, "*Joven, a ti te digo, levántate. Y el muerto se sentó, y comenzó a hablar y Él lo entregó a su madre*".

Recordamos Sus demandas como están registradas en Jn.5:21-29; Él afirmó que como el Padre resucita a los muertos, del mismo modo el Hijo resucita a quien Él quiere. Él además afirma que el Padre ha encomendado al Hijo todo el juicio, para que todos los hombres honren al Hijo como honran al Padre. Resucitar a los muertos y juzgar. Tremendas demandas ciertamente, que nadie debe atreverse a negar y desconocer. Si Jesús de Nazaret no es todo esto, nunca más pronunciemos Su nombre. Aquel que demanda para sí falsas prerrogativas, debe ser calificado como el peor y el más peligroso de entre los hombres. Pero si Él es en verdad el Vivificador y Juez, debemos apresurarnos para ponernos a Sus pies, y reconocer Su título con temor y reverencia. Él vivifica a los espiritualmente muertos en este día por medio del evangelio y la palabra escrita

(Jn.5:24-25), y todos los que son así vivificados vienen a ser poseedores de la vida eterna; cuando el día del evangelio haya terminado, Él también vivificará los cuerpos de los hombres, llamando a los que han hecho el bien a resurrección de vida, y a los que han hecho mal a resurrección de juicio (Jn.5:28-29). Aún así esto no implica que todos serán resucitados simultáneamente; Apoc.20:5-6 hace esto perfectamente claro que mil años pasarán entre la resurrección de los bendecidos y la resurrección de los perdidos.

La más grande maravilla de todas es que Aquel que posee tales prerrogativas ha gustado la muerte para la bendición y salvación de los hombres completamente arruinados. Nos conviene inclinar nuestras cabezas en adoración en presencia de Su propia declaración: *"Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así el Hijo del hombre debe ser levantado, para que todo aquel que en Él crea, no perezca, sino tenga vida eterna"* (Jn.3:14-15).

DIOS O BEELZEBÚ

"Él estaba echando fuera un demonio, que era mudo" (Lc.11:14). *"Ciego y mudo"*, añade Mateo (Mt.12:22). Una muy misericordiosa libertad ciertamente, por la cual cada observador creyente debe haber estado profundamente agradecido a Dios. El pueblo común no es completamente desagradecido, porque ellos dijeron: *¿No es éste el Hijo de David?"* Frecuentemente ha ocurrido que los simples de la tierra han sido muy verdaderos en su percepción de la mano de Dios.

Pero con los líderes religiosos ha sido de otra manera. Ellos dijeron: *"Él echa los demonios por Beelzebú el príncipe de los demonios"* (Lc.11:15) Mateo nos dice que esto provino de los Fariseos; Marcos añade que los escribas también estaban envueltos en esto (Mr.3:22). Ésta es una cuestión que debe condenar su incompetencia espiritual o su desesperada maldad. Si ellos eran completamente incapaces de distinguir entre la mano de Dios y la de Satanás ellos eran completamente inadecuados para ser los instructores del pueblo de Dios: si ellos, de otra manera veían el poder de Dios y deliberadamente imputaban Sus hechos al poder del infierno, porque este poder no obraba por medio de los canales oficiales, la maldad de esto era casi terrible de contemplar. Ningún mal es peor que el mal religioso; ¡Cuánto ha habido de éste en los anales del eclesiastismo!

Ha habido ciertos canales reconocidos a través de los cuales, a juicio de los hombres, el poder y la bendición divina debían fluir. Pero es casi cierto que la bendición de Dios ha alcanzado a una multitud de personas aparte completamente de los canales oficiales. Como el vellón de Gedeón, el eclesiastismo ha estado seco mientras el rocío del Espíritu de Dios ha estado siendo experimentado alrededor (Jue.6:40). Esto, en lugar de producir un juicio propio en aquellos que divinamente han sido pasados por alto, a menudo sólo ha despertado el rencor y la blasfemia. Éste es un establecido principio con el

eclesiastismo que todo al lado afuera de ellos es en sí mismo no autorizado y abominable.

El misericordioso Salvador se inclinó para razonar con Sus malos críticos. Él les preguntó cómo Satanás podía echar fuera a Satanás, y que un reino dividido en sí mismo no podría permanecer. La verdadera posición era ésta — Satanás como el hombre fuerte había mantenido a sus cautivos en paz; pero ahora había venido Uno más fuerte que él, con poder para vencerlo, y repartir sus despojos. Alabemos a Dios por esto. Aquel más fuerte que Satanás es claramente el victorioso Hijo de Dios. Él ha enfrentado al enemigo en su última fortaleza —la muerte, y lo ha vencido, poniendo a un lado a la vez, el pecado; y ahora no hay un solo hijo de Adán que no pueda ser libertado de la esclavitud de Satanás por apelar a la gracia del Salvador. Las angustiadas almas por el pecado no necesitan interesarse del criticismo de los religiosos contenciosos; el Salvador es su verdadero recurso; que ellos se arrojen sobre Él.

A su severa reprensión nuestro Señor añadió estas palabras: "*El que no es conmigo contra Mí es; y el que conmigo no recoge desparrama*" (Lc.11:23). Él estaba indudablemente esgrimiendo el poder de gracia y bendición para los necesitados hombres; los que se oponían a Él desparramaban el hermoso rebaño de Dios (Jer. 13:20). Temblemos ante el prejuicio religioso que perjudica nuestras tierras en este día. Donde la mano de Dios se ve claramente, donde el Espíritu de gracia está verdaderamente bendiciendo y confortando a las almas, con sinceridad reconozcamos esto, y sin ninguna reserva en nuestros corazones alabemos y magnifiquemos a nuestro Dios.

LA MUJER ENCORVADA

Éste fue un incidente que ocurrió un sábado, y es registrado solamente por Lucas (Lc.13:10-17). Probablemente en ningún día de la semana nuestro Señor fue tan vigilado por sus adversarios como en el día sábado, con la esperanza de poder encontrarlo haciendo algo que pudieran usar contra Él. ¡Cuán poco realizaban ellos, en su incredulidad y perversidad, que estaban criticando a Aquel que había dado la ley en el Monte de fuego! La tristeza es sobrepasada por el hecho de que estos hombres no eran los ignorantes de la tierra, sino los líderes religiosos del pueblo escogido de Dios.

El actual milagro fue realizado en una sinagoga, muy probablemente en Jerusalén. Allí estaba una mujer que "*que hacía dieciocho años tenía un espíritu de enfermedad, y andaba encorvada*". Expresivo cuadro de la condición espiritual de cada hombre a causa del pecado, incapaz de mirar hacia el rostro de Dios, y sin poder para remediar su mal (Sal.40:12 y Rom.5:6). La mujer había sufrido por 18 años. Si los números en las Escrituras tienen su significado, como lo creemos, 18, es el triple de 6, y sugiere plena manifestación del mal. Compare Apoc.13:18. Ella viene a ser de este modo el tipo del peor de los pecadores. Su

condición apeló enseguida al sensible espíritu del Salvador. Él la llamó, y le dijo; "*Mujer, eres libre de tu enfermedad*". Él puso Sus manos sobre ella e inmediatamente se enderezó, y glorificó a Dios.

Si hubiese habido una chispa de discernimiento espiritual en el gobernador de la sinagoga, él se habría recordado del Salmo 103. De cada lengua presente allí bien podría haber sonado el refrán: "*Bendice al Señor... y no olvides ninguno de sus beneficios; Quien perdona todas tus iniquidades; Quien sana todas tus dolencias*" ¡Ay, por el principal de la sinagoga! Tales sentimientos no pasaron por su entenebrecida mente. En lugar de eso, él se encendió en indignación, diciendo al pueblo: "*Seis días hay en que se debe trabajar; en estos pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo*". Esto nos sugiere una seria cuestión. Cuando Dios prescribió el sábado para el hombre, prohibiéndole trabajar en éste, ¿Se propuso Él atar Sus propias manos, y hacer impropio para Él mismo trabajar en ese día, aún para realizar un hecho de misericordia? La misma sugestión es en sí misma una profanación. Tan bueno es Él, y compasivo en Su amor, que nada puede detenerle en Su ministerio de gracia hacia un hombre completamente arruinado. La mujer que había sido recién sanada era una "*hija de Abraham*", ella poseía la fe de Abraham. ¿La fe debe esperar por la bendición porque era sábado? ¡Imposible!, viendo que la fe, no las obras o las observancias religiosas es el principio de bendición para con Dios (Rom.4:5, 16). La gracia da la bendición, y la fe la recibe. Toda la obra necesaria para el eterno bien del hombre ha sido realizada por el Hijo de Dios, cuando Él murió en la cruz del Calvario.

El Salvador no duda en exponer la hipocresía de Su despiadado crítico, éste desataría su buey o su asna y los llevaría a beber en día sábado, aun así le negaría a Dios el derecho a aliviar a una mujer que sufría. En verdad nuestro Dios no tiene antagonistas más malos que aquellos que se oponen a Él en el nombre de la religión.

UN HOMBRE HIDRÓPICO

Otro incidente en un sábado. El lugar, no una sinagoga, sino la casa de un gobernante que era Fariseo (Lc.14:1) (que es el único que reporta este caso) dice: "*Éstos le acechaban*". Nada más necesita ser declarado concerniente a la actitud del anfitrión y sus amigos hacia el huésped. Ellos estaban sentados a la mesa con Dios manifestado en carne, y eran tan ciegos que ellos no lo sabían.

Ésta fue una instructiva oportunidad para quienes tienen oídos para oír. Los labios de la Verdad eterna son libremente abiertos. Cosas fueron dichas ese día que debiesen haber enviado a cada invitado a su habitación en humillación ante Dios. El Salvador habló de la infinita gracia de Dios, y del desesperanzador mal del corazón humano. La presencia de un sufriente —un hombre afligido con hidropesía— le dio a Él su texto. Él levantó la cuestión del sábado, y preguntó a

los intérpretes de la ley y a los Fariseos: "*¿Es lícito sanar en día de reposo?*" Al no obtener respuesta, Él sanó al pobre enfermo, y lo dejó ir; sabiendo que ellos estaban amargamente censurándolo en sus corazones a causa de Su hecho de misericordia, Él procedió de este modo: "*¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en día de reposo?*" La pregunta no tenía respuesta. Donde se trataba de sus propios intereses ellos no tendrían ningún escrúpulo en actuar prontamente, aunque fuese en un día sagrado

El hombre, siempre religioso de este modo es convencido de estar completamente fuera de armonía con Dios. Su jactada fidelidad a las formas de religión no es el fruto del amor hacia Dios, sino simplemente la gratificación, satisfacción de su propio orgullo espiritual. ¿Qué puede imaginarse más ofensivo que esto? Si abiertos transgresores producen "*malas obras*" (Col. 1:21), los religiosos producen "*obras muertas*" (Heb.9:14) y ambas cosas son igualmente odiosas a Aquel con quien tenemos que tratar. Tan moralmente alejado de Dios está el hombre, que a todos debe decirse: "*Debes nacer de nuevo*" (Jn.3:7).

La exposición del Salvador del corazón humano a la mesa del Fariseo es una cosa penosa. Primero, Él reprende el orgullo de los demás invitados, mostrado en su ansiedad por obtener los mejores asientos; después censura el egoísmo del anfitrión que había invitado sólo a aquellos que podían recompensarlo otra vez, devolverle la invitación (Lc.14:7-14). Orgullo y egoísmo en presencia de ¡Uno que había renunciado a Sí mismo y dejado la gloria del cielo por la cruz del Calvario en Su amor por pecadores que perecían! Una persona se atrevió a hablar y decir, "*Bienaventurado aquel que coma pan en el reino de Dios*". A esto Él añadió la parábola de la gran cena, cuando Dios provee algo grande y costoso, el hombre no tiene ningún interés por esto. La búsqueda de los mejores asientos en la casa del Fariseo, no existía donde Dios y Su gracia se encontraban. "*Te ruego que me excuses*" fue la uniforme respuesta a Su amante invitación. Si Dios ha de tener invitados en Su fiesta, tal es la enemistad del corazón humano hacia Él, aún entre los religiosos, que Él necesita decir: "*Oblígalos a entrar*". En verdad, si el corazón del hombre es completamente malo, el corazón de Dios es el único bueno, y esto eternamente.

LOS DIEZ LEPROSOS

El sorprendente incidente ocurrió durante la última jornada de nuestro Señor desde Galilea a Jerusalén. El registro de esto es preservado en el evangelio de Lucas (Lc.17:11-19). Diez leprosos encontraron al Salvador cuando Él entraba a aquella ciudad, y en un acuerdo clamaron a Él por misericordia. La fama de sus hechos de poder se había extendido desde Dan hasta Beerseba; de allí la disposición con que estas víctimas enfermas apelaban a Él. Destacablemente, una de ellas era un Samaritano, el resto eran Judíos. Bajo circunstancias ordinarias, los nueve habrían despreciado la compañía de este hombre (*"Porque los Judíos no tenían tratos con los Samaritanos"*); pero la presión de una enfermedad común los había puesto a ellos en un mismo nivel, y ellos aparentemente sentían esto. El más grande nivelador de todos es el pecado, del cual la lepra es en la Escritura el expresivo tipo. Altos y bajos, ricos y pobres, religiosos y no religiosos, todos están en la misma posición ante Dios en este respecto. *"No hay diferencia, porque todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios"* (Rom.3:23). No importa que uno deba 50 o 500 denarios si ninguno de ellos tiene con qué pagar (Lc.7:41-42).

En respuesta al clamor de los leprosos el Salvador dijo: *"Id, mostraos al sacerdote"* ¿Por qué Él actuó de este modo? ¿Por qué Él no usó Su mano y los tocó, y les dio así enseguida una sanidad, como lo hizo con el leproso de Lc.15:13? La razón parece estar en que Él quería probarlos en cuanto a su confianza en Su palabra. Su respuesta fue perfecta. Sin ningún cambio en su condición ellos dirigieron sus pasos en la dirección del templo para ofrecer las dos avecillas (Lev.14:1-4), estando confiados que la sanidad sería experimentada en el camino, como realmente ocurrió *"Mientras ellos iban fueron limpiados"*. Confianza en la palabra de Dios (para nosotros las Escrituras), es la profunda necesidad de nuestro tiempo. El Alto Criticismo o la Alta crítica, y la oposición de la falsamente llamada ciencia están destruyendo la fe en la palabra de Dios. Multitudes se están revolcando en la incredulidad, para su mortal peligro. Pero la bendición se encontraba para estos diez leprosos, como para nosotros, sólo en el camino de la fe; y *"La fe viene por el oír y el oír la palabra de Dios"* (Rom.10:17).

Una destacable cosa ocurrió. Tan pronto como el pequeño grupo estuvo consciente que estuvo sanado, el Samaritano se apartó de sus compañeros (quienes continuaron en su jornada hacia el templo), y retornó a Jesús, cayendo a Sus pies, y glorificando a Dios a gran voz. A sus ojos los santuarios, ceremonias, sacerdotes, sólo eran trivialidades comparadas con el Hijo de Dios. Los otros nueve podían ocuparse con las formalidades de Jerusalén, pero él sólo podía ser feliz a los pies del Salvador. El Señor lo encomendó con las palabras, *"¿No fueron diez los limpiados? ¿dónde están los nueve?"*. Ellos no fueron encontrados volviendo para dar gloria de Dios, salvo un extranjero. Si el Señor podía hablar así en una tierra donde las ceremonias religiosas del pueblo eran de institución divina, ¿Qué diremos hoy cuando las ceremonias en las cuales los hombres se

enorgullecen son derivadas particularmente del Judaísmo y en parte del paganismo, todas ellas desafiando la clara enseñanza de las epístolas del Nuevo Testamento? No hay nada tan espiritualmente estéril como las ceremonias religiosas; y no hay nada que satisfaga y deleite el corazón como el tener contacto con la Persona del Hijo de Dios. A Él, no a centros religiosos, debemos nuestra obediencia; porque es Él quien nos ha lavado de nuestros pecados en Su sangre, y vive ahora para interceder por nosotros en la gloria arriba. Que los otros se empobrezcan con la mera religión si lo quieren, pero nosotros debemos encontrar nuestro todo en Cristo mismo.

LA OREJA DE MALCO

"El médico amado" nos habla de una muy tocante escena en el huerto de Getsemaní. Esto ocurrió en la víspera del último dolor del Salvador. La cruz estaba asomándose ante Él con toda su angustia y vergüenza. El Justo se levantó de Su angustioso ruego cuando un grupo de hombres armados se acercaba para apresarle, el beso del traidor le indicó a Aquel a quien ellos buscaban. Aun así, para Un tal no había peligro, salvo si Él escogía entregarse Él mismo a la malicia de Sus enemigos. Al sonido de Su voz Sus enemigos cayeron a tierra (Jn.18:1-8); y nada habría sido más fácil para Él que haber evitado todo eso, si le hubiese agradado. Pero habiendo venido desde arriba para ofrecerse a Sí mismo como un sacrificio expiatorio, Él humildemente se sometió a Su voluntad.

Pero los que lo rodeaban no eran del mismo espíritu. Pedro, con su acostumbrado celo, sacó su espada y cortó la oreja derecha de Malco el siervo del sumo sacerdote. ¡Cuán diferentes al Señor son aún Sus más nobles seguidores! En Pedro, en ese momento, vemos la actividad carnal cuando su Maestro era sumiso, y una o dos horas después cuando Jesús estaba ante Poncio Pilato haciendo Su buena confesión, ¡Pedro le estaba negando en la presencia de siervos con juramentos y maldiciones! (1ª Tim.6:13 y Lc.22:54-62).

Note ahora la gracia del Salvador. Él reprendió a Su discípulo por su celo carnal, y tomando la oreja del siervo lo sanó. Es Lucas quien nos habla de este extraordinario despliegue de la gracia sanadora, y es Juan quien registra los nombres de las partes que estaban allí (Lc.22:51 y Jn.18:10). Verdaderamente, no hay límite para la gracia de nuestro Señor Jesucristo. No sólo durante los días de Su ministerio, sino también cuando las oscuras nubes se amontonaban a Su alrededor, Él era el Siervo voluntario de las necesidades y miserias humanas, esto es muy hermosamente mostrado en Su bondad al ladrón moribundo, y en la sanidad de Malco.

¡Un abierto antagonista sanado y bendecido! ¿Pueden los anales de la naturaleza humana mostrar algo semejante? Aun así ésta es la misma esencia del evangelio en el cual el Salvador actúa de este modo. De allí las palabras en Col.1:21 *"Vosotros que erais una vez alejados y enemigos en vuestra mente por*

malas obras, ahora os ha reconciliado en el cuerpo de su carne a través de la muerte". El que escribió estas palabras había experimentado personalmente la verdad de ellas. Malco fue un pronunciado antagonista del Hijo de Dios como lo fue Saulo de Tarso, *"que fui antes un blasfemo, y perseguidor; pero obtuve misericordia, porque hice esto en ignorancia e incredulidad. Y la gracia de nuestro Señor fue abundante con fe y amor que es en Cristo Jesús"*. No hemos de maravillarnos de que uno que ha sido así divinamente favorecido —se haya deleitado desde entonces en proclamar: *"Palabra fiel y digna de ser recibida por todos, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores; de quienes yo soy el primero"* (1ª Tim.1:12-15). Ninguno en el universo es capaz de ablandar los corazones como el Señor Jesús, y para transformar a los más violentos adversarios y hacer de ellos humildes y consagrados discípulos. Todos Sus tratos son de incomparable gracia.

EL AGUA CONVERTIDA EN VINO

Debe tenerse en cuenta que Juan en su historia del Salvador prosigue una línea completamente diferente de los otros evangelistas. La razón de esto es que mientras Mateo, Marcos y Lucas nos presentan al Señor en varios caracteres humanos como: Mesías, Siervo e Hijo del hombre, Juan nos muestra su esencial Deidad, como Hijo de Dios. En el curso de su exposición de este maravilloso Ser, él nos presenta un set de siete milagros, justamente llamados en la Versión Revisada *"señales"*, cuatro de estas fueron cumplidas en Galilea y tres en Judea.

La primera de estas señales fue efectuada en Caná poco después que el Salvador hubo emergido de Su retiro en Nazaret, y antes de Su primera visita a Jerusalén como Profeta. Él había sido invitado con Sus discípulos a una fiesta de bodas, Su madre también estaba allí (Jn.2:1-11). De forma diferente a la de Su heraldo Juan el Bautista, nuestro Señor no era asceta (Lc.7:33-34). Él era el más accesible de los hombres. El matrimonio es una institución divina; Él mostraría Su respeto a ésta por Su presencia en esta celebración cuando fue invitado. En un mundo malo, el matrimonio es una inmensa salvaguarda moral para los hombres, y *"honroso"* (Heb.13:4). *"Prohibir casarse"* es una predicha señal de la apostasía (1ª Tim.4:3). Entre los notables predicadores del Cristianismo, Pablo parece haber sido el único soltero. Pedro y los otros apóstoles tenían mujeres y las llevaban con ellos en sus jornadas misioneras (1ª Cor.9:5).

El vino se acabó en Caná. María atrajo la atención del Señor a este hecho, evidentemente apurándolo a cumplir algún milagro. Es digno de notar que Él inmediatamente la reprendió. Sólo en dos ocasiones encontramos a María invadiendo y entremetiéndose en las materias del servicio del Señor, y en cada oportunidad ella fue puesta a un lado (compare Mt.12:46-50 y Jn.2:3-4). Aunque cercano a ella como Él era, Él no aceptaría que una relación meramente natural influenciara el curso de las cosas sagradas. Todos los que reverencian las

Escrituras verán en estos registros una advertencia dada de antemano contra el supersticioso error, ahora ampliamente prevalente, de atribuir poderes intercesores y mediadores a María.

Las fiesta de bodas en Caná tenían algunas vasijas con aguas, pero aún éstas estaban vacías, tristemente sugestivo de la vaciedad de todo goce y delicia terrenal. A la palabra del Salvador éstas fueron llenadas con aguas, las que al instante se convirtieron en vino de tan excelente calidad que produjo la alabanza del maestro (encargado) de la fiesta, quien dijo: *"Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora"* (Jn.2:10). Lo que Cristo da necesariamente es mejor que cualquier cosa que pueda ofrecer el mundo. En esto se nos recuerda en una forma típica del gozo puro con el cual aún la tierra será llena en el día del reino de Cristo. Cuando Aquel que ahora se sienta en el trono del Padre se siente en Su propio trono en Sion, todos los dolores de la tierra terminarán, y Él llenará la escena con paz y bendición.

Mientras tanto el vino es sugestivo de la profunda verdad de que toda bendición para los hombres sea ahora o en el *"mundo venidero"* está fundamentada sobre la sangre redentora. Porque antes que el Salvador subiese a lo alto señaló una copa de vino como el permanente memorial de Su propia y bendita sangre (Mt. 26:27).

EL HIJO DEL OFICIAL

El Señor nuevamente está en Galilea, habiendo vuelto de Jerusalén a través de Samaria. Durante Su permanencia en esta metrópolis Él ha expuesto el camino de vida a Nicodemo, y en Su jornada hacia allí había ministrado eterna satisfacción y gozo a la mujer junto al pozo de Sicar. Este último incidente fue seguido por dos días de feliz labor entre los Samaritanos que estaban muy ansiosos por escuchar Su palabra.

Él se encontraba una vez más en Caná. Un hombre noble, que residía en Capernaum, lo llamó para que visitara ese puerto y sanara a su hijo, quien estaba ahora a punto de morir (Jn.4:46-54). La historia es interesante en todas sus partes, porque la actual y la futura historia de Israel puede leerse en ella. El hombre era un oficial del rey, él era sin embargo un judío ligado a la corte de Herodes, el extranjero gobernador del distrito norte de Israel. Expresivo cuadro de una falsa posición en la cual la nación elegida había estado por largo tiempo. Habiendo probado ser falso a su llamamiento en separación de todos los demás pueblos, Dios ha abandonado a la nación al fruto de sus propios caminos, con el resultado que Israel ha estado por edades subordinado a sus amos Gentiles. Como el hijo del oficial, Israel ha caído bajo el poder de la muerte, como el mismo pueblo es asemejado nacionalmente en Ezeq.37, a un valle lleno de huesos secos, que no vivirán hasta el día de la presencia del Salvador en poder aquí. En

respuesta a su súplica, el Señor responde: "*Si no viereis señales y prodigios, no creeréis*". En Israel esto generalmente fue demasiado verdadero (1ª Cor.1:22), mientras con los Samaritanos y Gentiles Su palabra bastó. Con fervor el padre le suplicaba: "*Señor, desciende antes que mi hijo muera*". Su fe estaba más baja que la del centurión Romano bajo similares circunstancias. El centurión urgía al Salvador para que no viniese, sino que solamente dijese la palabra sanadora donde Él estaba, estando completamente persuadido que nada más era necesario (Mt.8:8). El oficial judío debe aprender esta lección; y de acuerdo con esto fue despedido con estas palabras: "*ve, tu hijo vive*"; él creyó en el Salvador, aunque su fe era débil, pero real. Por tanto, dirigió sus pasos a su casa, y pronto encontró a los siervos que habían sido enviados desde Capernaum con la feliz noticia de que su hijo estaba bien. Y habiendo preguntado a qué hora la fiebre lo había dejado, supo que había sido la misma hora que el Salvador se lo había dicho. Desde ese momento toda su casa vino a ser creyente en el mesiánico título de Jesús de Nazaret.

Fe en la palabra del ausente Cristo es la gran necesidad para el tiempo actual. No se trata más ahora de escuchar Su voz como cuando Él estuvo sobre la tierra, sino que ahora Él nos habla del cielo por medio de las sagradas Escrituras. En éstas nos habla del infinito amor de Dios, y del costoso sacrificio del Calvario, y de perdón, justificación, y vida eterna, la bendita porción de todos los que confían en Él. Si la voz divina no es escuchada en las Escrituras entonces el cielo está completamente en silencio, y hemos sido dejados a andar ciegamente a tientas en nuestro camino hacia la destrucción. Aquel que piensa que el Creador ha abandonado a Sus criaturas de este modo, daña su corazón con irrazonables pensamientos concernientes a Aquel que es infinitamente sabio y bueno.

EL ESTANQUE DE BETESDA

"Lo que la ley no podía hacer, a causa de la debilidad de la carne, Dios, enviando a Su Hijo". Nadie debe entender mal estas palabras del apóstol, en Rom.8:23. Éstas declaran inequívocamente la impotencia de la ley para ayudar a un hombre arruinado, y la suprema necesidad para la misión del Hijo de Dios. Estos principios son sorprendentemente ejemplificados en el caso del hombre enfermo que fue sanado por el Salvador junto al estanque de Betesda (Jn.5).

Este estanque estaba rodeado por multitudes con enfermos, porque parece que de tiempo en tiempo un ángel movía las aguas, lo que daba sanidad al primero que era introducido en él. Esto, mientras era una misericordiosa interposición por parte de Dios, y útil para aquellos que poseían aún algún poder, no tenía en realidad ningún valor para personas completamente desvalidas. El estanque es de este modo destacablemente típico de la ley, que promete vida y justicia a los que la guardan en todas sus partes, pero que no tiene nada sino

condenación y muerte para quienes fracasan en cumplirla (Gál.3:10-12). Ahora, viendo que el hombre es completamente malo en raíz y rama, y "*sin poder*" es claro que la ley no puede otorgarle ninguna bendición. La Escritura dice verdaderamente que "*la ley es impotente a causa del pecado*" y que "*obra ira*" (1ª Cor.15:56 y Rom.4:15).

El Salvador observó a un hombre en Betesda que había sido afligido por ¡38 años! Justo el período de los innecesarios errantes caminos en el desierto como fruto de haberse puesto ellos mismo voluntariamente bajo la ley (Dt.2:14). Esperando contra esperanza el pobre había mirado ese estanque no teniendo pensamiento en su mente de que la sanidad pudiese llegar a él por algún otro medio. Tristemente como la multitud en la Cristiandad hoy, cuyo único pensamiento concerniente a la salvación es que ésta debe ser obtenida por medio de esfuerzos humanos, si en realidad puede ser obtenida ¡Y esto después de la plena revelación de la gracia de Dios en Cristo!

A la pregunta del Salvador, "*¿Quieres ser sano?*" el impotente hombre respondió: "*Señor, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro descende antes que yo*" (v.6-7). Verdaderamente una extraordinaria respuesta, viendo que el estanque no es mencionado en la pregunta, él debía aprender ahora que el estanque jamás podría lograr para él, lo que el Hijo de Dios podía cumplir enseguida por medio de Su palabra. Y al mandato del Omnipotente, "*Levántate, toma tu lecho, y anda*", él se levantó, tomó su lecho, y se fue a su casa, "*De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a juicio, sino que ha pasado de muerte a vida*" (Jn.5:24). Su muerte expiatoria y triunfante resurrección explican como Él es capaz de ofrecer tales simples términos a los arruinados hijos de los hombres.

Si el corazón y la conciencia hubiesen estado vivos en Israel, habría habido una humillación nacional ante Dios a causa de la multitud sufriente que rodeaba el estanque de Betesda. Tal era el carácter especial del llamamiento de Israel que el sufrimiento y la enfermedad habrían sido desconocidos entre ellos si hubiesen permanecidos fieles a Jehová (Dt.28). Pero a todo lo divino, el pueblo, y especialmente los líderes religiosos, eran completamente insensibles. En lugar de apreciar la bondad del Salvador ellos lo perseguían por sanar en día sábado. Tal es la religión sin Dios.

CIEGO DE NACIMIENTO

El Salvador recién se había libertado de la malicia de Sus enemigos que habían tomado piedras para arrojarlas sobre Él porque declaraba ser el "Yo Soy". Y mientras andaba por allí, se fijó en un hombre que había estado ciego desde su nacimiento (Jn.9). Los discípulos le preguntaron quién era el responsable por esta aflicción —¿El hombre o sus padres? Ellos eran estrechos de mente como los amigos de Job, quienes consideraban el sufrimiento como una señal del desagrado divino, y no teniendo ningún otro pensamiento en cuanto a esto. El Salvador señaló un propósito más alto. *"Para que las obras de Dios sean manifestadas en él"*. La miseria del hombre daba la oportunidad para desplegar el poder y la bondad divina.

Él entonces procedió a sanarlo, adoptando en esta oportunidad métodos completamente únicos. Él escupió en tierra, hizo barro, y después untó sus ojos, y lo hizo que se fuera a lavar al estanque de Siloé, *"cuya interpretación es (enviado)"*. La sanidad fue el inmediato resultado. ¿Pero que hay para nosotros en este extraordinario registro? El barro simboliza la humanidad de nuestro Señor, el agua es el emblema del Espíritu Santo (Jn.7:37-39). De este modo cuando un hombre comprende por el Espíritu el importante hecho que el poderoso Dios se ha hecho un hombre para su salvación, y que ha andado aquí humillado y era realmente el "Enviado" del Padre, su ceguedad espiritual desaparece para siempre; él desde entonces comienza a ver, y todo viene a ser visto en su verdadera luz. El evangelio tiene el propósito de abrir los ojos de los hombres, para que se vuelvan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios (Hech.26:18). El evangelio no es un mero sistema de doctrinas, ni simplemente un código moral; éste es el testimonio de Dios a los hombres concerniente a Su amado Hijo, Dios y hombre en una Persona, una vez sufriendo, pero ahora glorificado en lo más alto en el cielo.

El hombre sanado fue pronto desafiado por sus vecinos en cuanto a su vista recuperada; él sólo respondió que *"un hombre llamado Jesús"* lo había bendecido. Los líderes religiosos tomaron la materia y pronto manifestaron su amarga hostilidad contra este bondadoso Sanador. Pruebas de Su poder no faltaban, pero ellos no estaban dispuestos a reconocer Su misión divina, por muchas que fuesen Sus pruebas. Los padres esquivaron sus preguntas, temiendo ser expulsados, la costumbre usual de los eclesiásticos cuando la Escritura y razones semejantes les fallan. Al examinar ellos mismos al hombre, los Fariseos asumen el honor de Moisés, y aun de Dios mismo. Pero a expensas del Señor Jesús, cuyo deshonor era lo que ellos deseaban ardientemente. La simplicidad del hombre los irritaba. Su expresión de sorpresa de que una tan grande maravilla hubiese sido realizada en la tierra, y de la incapacidad para decidir de donde había venido este poder en los profesados exponentes de la palabra de Dios; y su ingenuo razonamiento de que su Sanador debía al menos ser un adorador de Dios y un hacedor de Su voluntad los irritaba más allá de toda

paciencia. Conforme a esto lo expulsaron, diciendo en su ofendido orgullo: "*Tú naciste del todo en pecado, ¿Y nos enseñas a nosotros?*".

El expulsado fue pronto encontrado por el Buen Pastor, despreciado y rechazado como él mismo. Cuando su Libertador se reveló a Sí mismo como el Hijo de Dios, él cayó a Sus pies y lo adoró, diciendo, "*Señor, yo creo*". La religión es hostil al Hijo de Dios hoy como en los días de Su humillación; pero ¿Qué necesidad hay de que nos interese con su moral y ceguera espiritual cuando hay suficiente en el Salvador fuera de todo esto para satisfacer la necesidad de cada alma?

LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

Betania fue siempre un dulce lugar para el abnegado Hijo de Dios. Éste fue uno de los pocos lugares sobre la tierra donde Él fue amado y donde Su espíritu cansado encontró descanso. Lázaro y sus hermanas constituían un agradable círculo familiar. Ellos se amaban el uno al otro, y tenían fe en el despreciado y rechazado Mesías. La enfermedad había invadido ahora su hogar, porque la sabiduría divina no siempre escuda a sus objetos de esta visitación. Lázaro estaba ahora enfermo, para la profunda angustia de sus consagradas hermanas (Jn.11). El Señor estaba en ese momento más allá del Jordán. Allí le llegó el llamado de ellas: "*Señor, he aquí, el que amas está enfermo*". Las hermanas no le pidieron claramente que viniera en su ayuda, asumiendo aparentemente que las noticias le llegarían a Él sin retraso. Él podía haber sanado a un hombre a la distancia por medio de Su palabra (como en el caso del siervo del centurión), pero no hizo así ahora. Tampoco Él se apresuró para ir a Betania, sino que se quedó donde estaba aún dos días más. Si no estuviésemos persuadidos que Él no puede jamás errar, Su conducta en esta ocasión nos asombraría. Él estaba andando en la luz, y veía perfectamente el curso que debía proseguir para la gloria de Dios. Posteriormente anunció que Lázaro estaba muerto, y que estaba feliz, por ellos, por no haber estado allí, añadiendo: "*No obstante, vamos a él*". La advertencia de que quizás el martirio le esperaba en Judea el Señor la pasó por alto.

Un estupendo milagro debía ser cumplido. Él ya había resucitado a dos personas muertas, a la hija de Jairo, y al hijo de la viuda de Naín. Uno estaba muerto, y el otro era llevado a su sepultura. Pero Lázaro había estado sepultado hacía cuatro días cuando el Salvador llegó a Betania, y su cuerpo ya estaba en avanzada corrupción. Marta salió a encontrarlo con las palabras que si Él hubiese estado allí su hermano no habría muerto. Cuando Él habló de la resurrección ella respondió: "*Sé que resucitará en el día postrero*". Ella no realizaba que estaba dirigiéndose a la Resurrección y la Vida, Quien tenía el poder para resucitar a los Suyos cuando a Él le agrada, y detener la marcha de la muerte sobre los vivos para que ellos nunca mueran. Con toda la luz dada en

las epístolas del Nuevo Testamento desde el día de Marta pocos en la Cristiandad están en esta hora más allá de su pobre noción de una resurrección general en el día final.

María siguió a su hermana y se puso a los pies del Señor. Tocado por la escena de tristeza el Salvador gimió y lloró —preciosas pruebas de la realidad de Su santa humanidad. Y viniendo a la tumba, la piedra fue removida a Su palabra a pesar de la oposición de Marta. Unas pocas palabras de oración al Padre fueron seguidas con el fuerte llamado: "*¡Lázaro, sal fuera!*" y cuerpo y alma nuevamente se unieron. Libertad siguió a esta escena: "*Desatadle y dejadle ir*" ¡Maravilloso brillo de la gloria de Dios en Aquel a quien los hombres estaban a punto de crucificar! ¿No debiese esta maravilla haber convencido a Sus adversarios de la futilidad de sus designios contra Él?

Él es quien da vida a los muertos, Y a la hora señalada resucitará a los Suyos para tener parte en Su gloria en la casa del Padre, y en la época de la disolución de todas las cosas Él llamará a Sus enemigos para la resurrección de juicio. Mientras tanto Él vivifica las almas de los hombres. Quienes escuchen Su voz en el mensaje del evangelio pasan ahora de muerte a vida, y tienen la bendita seguridad de que a juicio ellos nunca vendrán (Jn.5:24-29). Vida y libertad son al presente la bendita porción de todos los que creen en el nombre del Unigénito Hijo de Dios.

Este fue el último milagro realizado por el Salvador antes de ir a lo alto. La cruz y el sepulcro están ahora detrás de Él. Él ha sido entregado por nuestras ofensas, y resucitado para nuestra justificación; nada quedaba para Él ahora sino ascender donde Él había estado antes. Destacablemente, Juan, es el único de los cuatro evangelistas que usa la palabra "ascender" en conexión con nuestro Señor, y no nos da relato de la misma ascensión (Jn.3:13; 6:62 y 20:17). En lugar de eso, nos da una serie de tres incidentes que parecen claramente designados para mostrar los variados resultados de la obra expiatoria del Salvador en vista a este mundo. Tenemos primero, en la manifestación del mismo Señor a Sus discípulos en la tarde del día de la resurrección, un cuadro de la Iglesia de Dios, siendo ahora reunida por el Espíritu Santo a Cristo como su centro; después tenemos, en Su manifestación al desconfiado Tomás, un anticipo de Su futura revelación al incrédulo Israel; y finalmente, en la destacable pesca, podemos ver un cuadro de la gran reunión de todas las naciones en la edad Milenial. El orden de la bendición de Dios es de este modo, primero, la Iglesia; después Israel. Y finalmente el mundo como tal (lea cuidadosamente Jn.20:19 - 21:14).

El incidente de la pesca ocurrió de esta manera. El Señor había mandado a Sus discípulos (a los hombres que pronto iban a evangelizar el mundo) a ir a Galilea para encontrarse con Él allí. Habiendo llegado allá, en lugar de esperar por Él, a la sugestión de Pedro ellos salieron a pescar. Esto fue desobediencia. Su curso es una vívida representación de la actual condición de su nación; los instrumentos escogidos para la bendición del mundo, aun así en obstinada desobediencia a la voluntad divina (Rom.10:21). Toda una noche de trabajo no

les otorgó ningún resultado positivo a los discípulos. También Israel un día confesará, "*No hemos obrado ninguna libertad en la tierra*" (Isa.26:18). Ahora tiene que decirse de ellos: "*El nombre de Dios es blasfemado entre los Gentiles por vuestra causa*" (Rom.2:24).

El Salvador vino sobre la escena cuando amanecía. Su presencia cambió todo para los desanimados pescadores. En respuesta a Su pregunta ellos reconocieron que no tenían nada que comer (cuadro de la actual esterilidad del desobediente Israel); entonces a Su mandato ellos arrojan la red al lado derecho del bote, y pescaron 153 peces. "*Y aun siendo tantos la red no se rompió*". Si el mar, que es descrito aquí por su nombre Gentil (Tiberias, por Tiberio Cesar) representa a las naciones, como creemos, entonces tenemos aquí un sorprendente cuadro de la gran reunión universal cuando Israel esté una vez más en relaciones con Dios (Sal.67). Esto no será hasta que los pies del Salvador nuevamente se posen sobre el monte de los Olivos.

Cada alma devota desea ver al mundo libertado y bendecido. Ésta ha sido la santa aspiración de los piadosos en todas las edades ver la tierra llena con el conocimiento de Dios. Este anhelo tiene su fuente en Dios mismo, y Él no defraudará tales anhelos. Sin embargo, el Cristianismo no está destinado a introducir esta feliz realización. La bendición del mundo depende de la bendición de Israel. Cuando Israel se vuelva al Señor y retome su alto lugar como líder y maestro de las naciones, la bendición universal seguirá rápidamente (lea Rom.11). Mientras tanto, la salvación está disponible para todos —judíos y gentiles de igual forma— los que ponen su confianza en el Salvador que murió por sus pecados y resucitó para su justificación y la gloria de Dios.

W. W. Fereday